

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



DON ALEJANDRO LERROUX

El ilustre estadista, en un momento del trascendental discurso que pronunció el pasado domingo en la Plaza de Toros Monumental, de Madrid. — (Fot. Vidal)

(En las páginas centrales de este mismo número, amplia información gráfica de aquel importante acto).

la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cataluña, 9. :-: Tel. 14.160

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

AL SERVICIO DE LA OPINIÓN

EL discurso del jefe del partido radical ha demostrado bien claramente que ahora para alcanzar el máximo prestigio, la más alta autoridad ante el país, es imprescindible no ser conductor de muchedumbres a la vieja usanza, no ser dictador, sino gobernante dispuesto a seguir los dictados de la opinión pública.

El señor Lerroux, que tiene un agudo sentido político y sabe auscultar con destreza los latidos del organismo social y político de la Patria, ha tenido evidentes aciertos al señalar los males que aquejan al país y los remedios que pueden aplicarse.

Por eso en los pasajes que más aplausos consiguió durante las dos horas en que estuvo hablando en la plaza monumental de Madrid fué en aquellos en los que apuntaba a los problemas que más afectan al país: el del respeto a todas las ideas y el que se relaciona con las cargas tributarias.

España actualmente—¿por qué no decirlo con sinceridad?—no está satisfecha, no está contenta. Celebra haber cambiado de postura; recuerda con horror y repugnancia a la monarquía, pero se siente un poco defraudada ante la angustiosa situación económica en que se encuentra.

¿Que no es la República la causante de este malestar que existe y que nadie puede negar? Evidente. Pero el malestar existe y se hace cada día más necesario un cambio de conducta y de procedimientos para que los que tras cortina mueven a su antojo la tranquilidad, el bienestar y el reposo de un pueblo bueno y dócil, que merece por sus excelentes condiciones un respeto y una consideración que hasta ahora no se le han guardado, no puedan proseguir su criminal labor.

Porque el señor Lerroux da la sensación de estar dispuesto a servir a la opinión, es por lo que ha tenido tanto éxito con su discurso.

NO pisó, durante la monarquía borbónica, el tablado de la farsa lacayesca, hombre tan fatídico y funesto, tan obcecado, osado y malvado, políticamente, como el huertano marrullero y socarrón, que fué por espacio de muchos años, eje de la política nacional: hemos nombrado a don Juan de la Cierva y Peñafiel.

La Cierva ha sido, desde que apareció por escotillón en el escenario donde tuvieron lugar tantas tragedias, el farsante más ambicioso y odioso, el tragediante más repudiable y execrable de cuantos aventureros políticos se mofaron del país, al que esquilmaron y envilecieron, durante el reinado del último Borbón.

El nombre de La Cierva se pronuncia ¡todavía! en España, con horror, con repulsión. Es un nombre que subleva las conciencias, que pone en rebelión los espíritus, que hace fulgurar los ojos y crisper los puños y producir estallidos de cólera y arrancar maldiciones; un nombre digno de la más infamante picota.

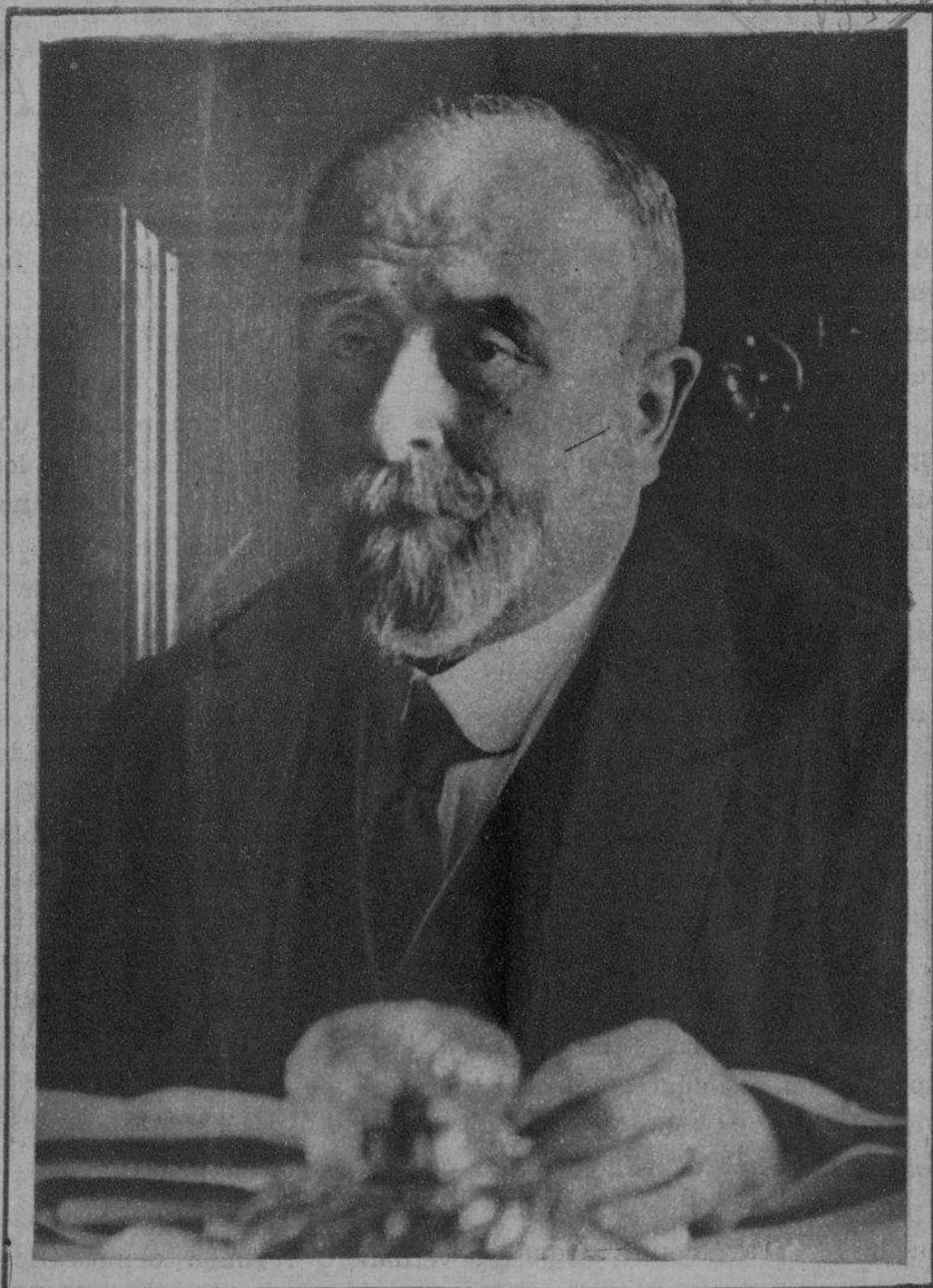
Decir La Cierva equivale a remover todo un pasado ignominioso y tenebroso, a agitar las quietas aguas de todos los pantanos del olvido, a sentir el frenético galopar de todas las bestias de la pasión, a pensar en las negras mazmorras, en el inhospitalario destierro en la fosa común.

Con sus desplantes de matón de feria; con sus inauditas bravuconadas, con su soberbia plebeya y con sus agresividades insólitas, el hombre de Mula ocasionó daños incalculables, irreparables a España, desencadenando este gañán sobre su testa todas las tempestades del rencor y los huracanes todos del odio. Que no hubo político más audaz ni mendaz, más violento e impetuoso, más disociador y perturbador, más seco de alma ni de más duro corazón, que el que en 1909 escribió con sangre inocente las páginas más afrentosas de la historia de un pueblo que no supo llevar a la horca a aquellos que hicieron del fusilamiento un medio y un fin.

Con La Cierva peligró todo: el honor, la hacienda, la vida de los ciudadanos y hasta la existencia de la Nación.

El execrable tiranuelo atropelló todas las leyes, conculcó todos los derechos, negó al país todas las libertades; puso mordaza al pensamiento y a la palabra y, además, acribilló al pueblo.

¡Cierva, no!



Su ejecutoria afrentaría al más vil de los despotas.

No tuvo la libertad más implacable enemigo, ni la democracia un tan obstinado y furioso persecutor.

Campeón de la falsía, de la perfidia y del escarnio, no hubo insolencia que no profiriera, ni desafuero que no realizase, ni violencia a que no recurriese. ¡Como que su aliado era el maúser!

Para Cierva, los hombres no nacieron libres.

Para Cierva, gobernar, era imponer su voluntad, su majeza, su baratería al país.

Para Cierva, el uso y aun el abuso a la fuerza era el único sistema posible para mantener el orden desde la escalinata de un trono próximo a derrumbarse.

Perpetuador de la ficción y eternizador del caos, Cierva ante nada se detuvo en su vertiginoso galopar por todos los caminos de la insensatez.

El soñó en convertir la Península en un feudo, cuyo suelo

únicamente fuera hollado por esclavos como aquellos con que se traficaba en Chipre y en Samos.

Y, para ello, aduló miserablemente al Ejército prometiéndole reformas que sabía no era posible realizar.

Y, con toda su soberbia, puso más de una vez el espinazo en arco ante la plutocracia y la teocracia.

Y, con toda su avilantez e impetuosismo, tuvo que inclinar la cabeza ante sus mismos paisanos que le silbaron estrepitosamente ha poco de haber sido fusilado Ferrer; y salir de su tierra escoltado por la guardia civil; y sufrir la befa de todo un pueblo puesto en pie que abominaba del huertano demoleedor de todos los principios fundamentales de la civilización y el progreso; y ser escarnecido desde todos los ámbitos de Europa, por su africanismo y por su antihumanismo.

Y este aventurero de la política que, por mantenerse en

un plano muy superior al que podía corresponderle, no vacilaba en ser bufón allí donde no podía ejercer funciones de oráculo; este funámbulo que sabía adaptarse a todos los falsos convencionalismos e incrustarse en todas las bajas ideologías; este tragediante que, por satisfacer su vanidad sin fondo y sin orillas, hubiera sido capaz de inundar de sangre el país que, magnánimo, no le llevó a la barra; este lacayo con librea de ministro que arrulló con elogios desmedidos y falsos la vida del dictador, llegando hasta a limpiarle los zapatos para obtener un puesto en aquel grotesco remedo de Parlamento denominado Asamblea Nacional; este fracasado incorregible y aborrecible y vituperable cuyo solo recuerdo pone temblor en las raíces del alma de muchas madres y de muchas esposas; este enemigo de la libertad y del orden que, según el poeta:

«de Torquemada envidia
la leyenda y la gloria»
siente la añoranza de aquellos días en que hasta las piedras de la calle se estremecían al paso del tiranuelo, y aspira, bajo el signo de la República, a intervenir en el gobierno del pueblo como en los para él venturosos tiempos en que se ponía en mitad del arroyo a los funcionarios de Correos, o se fusilaba a Ferrer y al «Carboneret» en los fosos de Montjuich.

¿Cabe dudar de la desaprensión, de la osadía y del cinismo de político tan desacreditado y anatematizado que, abandonando su cubil pretende, con Bugallal el indeseable y con el fantasmón del ex duque de Maura agrupar a las derechas españolas para perturbar la vida del país intentando aporrear las puertas del imposible por sí, al abrirse, pudiera penetrar por ellas en España el rey felón?

Por fortuna, el pueblo, que supo perdonar, no ha podido olvidar al baratero de Mula. Y por muchas cosas absurdas e insospechadas que aquí ocurriesen y aunque se subvirtiera todo y perdieran las masas su pulso, mientras quede un solo ciudadano en pie, ese ciudadano, cerrando el paso a los enemigos de la República, gritará: ¡Cierva, no!

PEDRO NIMIO

AVENTINO

LAS MAYORIAS FALSAS

LA democracia o significa la atribución terminante del Poder a la mayoría, o significa nada. Esto es un principio de política elemental o un principio elemental de política, que es todo uno y lo mismo en este caso.

Pues bien, atendidos regurosamente a esa definición primaria, tenemos perfectísimo derecho a afirmar que dentro de la segunda República española la democracia no existe. Es decir, que en cuanto a este aspecto—que en una República es fundamental o de esencia—tienen razón quienes afirman que en el fondo nada ha cambiado.

Todos los matices inventados en su propio provecho por los políticos profesionales o por los políticos de afición, son falsos. Y son falsos porque se afianzan en programas políticos circunstanciales que en realidad no significan un conjunto expresivo de propósitos y modos de gobierno, sino arbitrio y argucia para medrar políticamente. Tener un programa y, más aún, intervenir en su construcción, es como haber obtenido el título de licenciado en política, quizá indispensable para ejercer con provecho esa carrera.

Y como cada programa es el exponente de un Partido y ya queda dicho que ninguno expresa posibilidades de buen gobierno, sino de impaciente especulación, he aquí que en el fondo los Partidos no existen como tales Partidos, sino como organizaciones con propósitos de lucro, cuya realidad son esta evidencia la más dolorosa de todas las evidencias políticas, pero a los hombres de buena fe es a quienes incumbe aceptar el dolor de descubrimientos como este, sin el cual no podría ponerse fe alguna en el porvenir. Si, en efecto, en el de España hubiéramos de aceptar sólo las substituciones, que no significan sino nuevos ejes para las votaciones viejas, ¿a qué seguir luchando? Pero, por fortuna, no será así.

Y no será así porque ya van definiéndose las verdaderas mayorías llamadas a desempeñar su verdadero papel. Hasta ahora las que han sido precisas para definir la realidad de una democracia cuya inexistencia real conocen muy bien quienes dirigen esta de ahora, tan falsa como aquella de que se servían los liberales monárquicos, han sido groseramente contrahechas. He aquí un hecho terminante demostrativo de tal verdad: Ni en la Cámara, ni mucho menos en el Gobierno, cuenta con representación alguna el proletariado. Pensad ahora: ¿Es que en España existe una mayoría efectiva del capitalismo? Evidentemente, no. Ni en España, ni en ningún país alguno. Pues si el proletariado constituye en esencia y potencia una enorme mayoría, no ya española, sino universal, y si, no obstante esto, no sólo no gobierna, sino que ni siquiera está representada ni en ningún Gobierno, ni en ningún Parlamento del mundo, ¿cómo es posible hablar de democracia?

Pues es posible hablar de democracia porque la política profesional de nuestro tiempo y los modos de Gobierno son como han sido siempre y lo serán aún durante esta última época de dictadura capitalista, una continuidad de ficciones en perpetuo menoscabo del trabajador y en provecho constante de las castas de privilegio.

La ficción que produce la realidad de la falsa democracia es la lógica consecuencia de los falsos programas de todos los Partidos políticos, que en el fondo no son—repetámoslo una vez más—sino otra mentira.

¿Pero es que hay alguien que desconozca la evidencia de que realmente existe toda esta sucesión de conceptos falsos? No. Se trata de una realidad que nadie ignora. Lo que sucede es que las complicidades con los autores de ellos es cosa que se les impone a los ciudadanos pacíficos nada menos que bajo la invocación del orden social, a cuyo fin también se falsificó este concepto. Porque la realidad, e inevitablemente lo establecido sobre este aluvión de falsedades, no puede ser nunca un orden social, sino una paratífica ordenación del desorden. Esta y no otra es la buena teoría. Es decir, la única verdad. Si realmente la democracia no ha existido jamás ni existe aún, ¿porqué invocar su nombre ni mentir su existencia? Lo que la política actual llama democracia no es sino el gobierno de una mayoría política, que no sólo no tiene nada de común con la ciudadana, sino que es su terminante contraposición. Este linaje de mayorías no tiene intereses nacionales que defender. Sus individuos son ajenos a cuanto no sean intereses políticos. Y los intereses políticos no son otra cosa que los intereses privados de los Partidos políticos y de los profesionales de la gobernación.

Ejemplo: El actual proyecto de Reforma agraria. En un verdadero régimen democrático, es decir, en una situación de Gobierno de mayorías, no se tendrían en cuenta para nada otros intereses que los de los trabajadores de la tierra, que constituyen, frente a los amos de ella, una mayoría formidable. Y, sin embargo, de seguro que los intereses de los obreros del campo no sólo serán los menos atendidos, sino que es forzoso que suceda así, porque en otro caso se producirían riesgos políticos muy graves. Esta es la verdadera situación y la única realidad evidente. La falsa mayoría actual está deshumanizada. Dijo mal quien dijo—Romanones—aquello de “un hombre, un voto”. No. La verdadera fórmula es esta: “una peseta, un voto”. He aquí el ánimo tradicional de las mayorías. Y he aquí porque el proletariado está ausente de ellas. Sobre cada peseta suya cobra el diezmo su enemigo y señor. La suma de estos diezmos es la valorización de la falsa mayoría y la apariencia democrática de las civilizaciones anarquizantes que aún gobiernan el mundo y fomentan el terrible confusionismo que enturbia todas las verdades.

Ceferino R. AVECILLA

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE “LA CALLE”,
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

OPINIONES

LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

POR fin! el proyecto de Reforma agraria pasará del estado de entelequia al estado real de las cosas que se ven y se palpan, es decir, de las cosas sobre las cuales puede fundarse una esperanza.

Decimos esto porque los diarios del día en que escribimos anuncian ya que el ministro de Agricultura ha declarado a los periodistas que hacen información en la Presidencia del Consejo de ministros, y a la salida de un Consejo, que ya estaba discutida la totalidad del proyecto y sólo faltaba para ser presentado a las Cortes alguna cuestión de detalle.

Por fin, pues, va a ser una realidad tangible que el proyecto se discuta. Ahora bien: ¿cuáles son en definitiva sus orientaciones? Y añadimos: ¿cómo saldrá del Parlamento?

Lo primero está justificado por la reserva con que el actual ministro de Agricultura ha procedido. Reserva que, dicho sea con toda claridad, no sólo la reputamos equivocada, sino más bien perjudicial para el mismo proyecto en sí. Son demasiado vastos, demasiado amplios y profundos los intereses que la Reforma agraria aborda para que se intente resolverlos en las tinieblas ministeriales, o cuando más a media luz.

El problema de la tierra en España es el problema de los problemas. Lo hemos dicho varias veces y no nos cansaremos de repetirlo. Tanto lo pensamos así, que el régimen, Gobierno o individuo que se atreva a solucionarlo conquistará a su favor las simpatías del noventa y nueve por ciento de los españoles.

Problema que tan hondo penetra, que tanto interés tiene para la masa del país; problema que, desde Costa acá ha sido la pesadilla de los sociólogos españoles, la preocupación de los políticos y la esperanza suprema de la mayoría del país, no es cosa a resolver en las covachas ministeriales, en los negociados jurídicos, en las trastiendas de la clientela política o en los recovecos de la infatuada pretensión ministerial.

Antes que esto quiere ser aireado, sacado a la calle, tratado y discutido ante la opinión y en plena plaza pública.

Pero si hasta ahora permanecen en una discreta penumbra las orientaciones definitivas que el Gobierno quiere darle, no es por eso menos cierto que el disgusto comienza ya a traslucir a despecho de cuanto se haga por evitarlo.

Señalábamos en trabajos anteriores la dificultad de que la mayoría de la Cámara española, aunque más particularmente los socialistas, se acomodaran a una Reforma que no tuviese, aunque sólo teóricamente, alguna orientación socializante, cuando no socializadora. Y lo decíamos en virtud de razonamientos tan lógicos como irrefutables.

Tienen los socialistas en el Parlamento español la minoría más numerosa. Obtuvieron los votos de una parte considerable del pueblo trabajador, sobre todo en la parte de Extremadura, Cáceres, Jaén y otras provincias, mediante la oferta de resolver el problema de la tierra. Y si ahora resulta que esta solución no se ajusta a los términos generales en que se enfocó la propaganda electoral; si al pueblo que les votó no le dan por lo menos un comienzo de satisfacción a las aspiraciones que siente y que ellos explotaron con provecho, entonces se llamará a engaño y el conflicto que a los socialistas se plantea será de resultados gravísimos para ellos.

La cuestión, pues, es ardua; la situación, difícilísima. Pues frente al criterio socializante que los socialistas forzosamente han de mantener, se alza el que sostiene el señor Marcelino Domingo, ministro de Agricultura, que se inclina, apoyado, al parecer, por la mayoría del Gobierno, por una tendencia ultraburguesa y conservadora; más aún: eminentemente reaccionaria.

Estos días se ha hablado de crisis política. El rumor, aun-

que desmentido irónicamente por el jefe del Gobierno, muy amigo de hacer frases, como aquella de los "bandidos con carnet", o bien esta otra "al Gobierno se le derriba con votos", ha circulado insistentemente por el dorso mental del país, que la ha acogido con marcada y destacada indiferencia. Sin embargo, y aunque la gente no haya creído de una manera definitiva en la posibilidad de una crisis ministerial fulminante, no por eso ha dejado de comprender que estamos en un momento de gravísima trascendencia.

Se ha hablado y escrito mucho desde el día 14 de abril acá de la revolución española. Se ha dicho y fantaseado tanto en torno a ese conato de revolución, que la incredulidad de la gente llegó un momento a acariciar la idea de que sí, de que efectivamente había hecho una gran revolución. Es ahora cuando comienza a tirar por la borda todo ese lastre y a comprender que la revolución apenas si ha comenzado todavía.

Es ahora cuando esto va a demostrarse. Es al tratar de discutir y ¿solucionar? el problema de la tierra cuando veremos realmente si en España se hace la revolución, es decir, cuando se demostrará con hechos reales, palpables; con hechos que no quedan prendidos en las ramas de una dialéctica más o menos florida, que la manifestación de la voluntad popular comenzada en las urnas el día 12 de abril de 1931 y continuada cuarenta y ocho horas más tarde en las calles pidiendo la destitución del rey, imponiendo un cambio de régimen mediante la proclamación de la República cuando aún estaba Alfonso XIII en España y un Gobierno monárquico regía los destinos del país, es ahora, repetimos, cuando va a verse su alcance.

Los pueblos se han cansado ya de promesas; quieren realidades. Y estas realidades han de traducirse, naturalmente, en una mejor condición de vida. Nadie cree ya en las afirmaciones rotundas con que nuestros bisabuelos fueron arrastrados al sacrificio. "Conquistad la libertad política", les decían, y lo demás vendrá como una consecuencia natural. Todo eso pasó, y pasó para no volver. Las generaciones actuales saben que sin la independencia económica, la independencia política y la social son un mito. Un entretenimiento de gentes desocupadas que se empeñan en demostrarnos que cuatro y cuatro suman quince o cosa parecida.

Con esta intuición de los serios problemas que la agobian, la opinión en general, aunque más explícitamente la clase trabajadora, no ha creído días pasados en la crisis política que se le anunciaba y mucho menos en los motivos que la determinaban. Pero si esos primeros síntomas no la preocuparon, van a preocuparla, y muy seriamente, los que se produzcan de ahora en adelante por el alcance que van a tener.

Se ha dicho que los ministros socialistas dimitían por su disconformidad con el proyecto de Reforma agraria elaborado por el señor Marcelino Domingo.

Primer síntoma. Ahora, una vez llevada al Parlamento la Reforma proyectada, puede producirse otro síntoma. Pero éste será mucho más peligroso; pues no será una crisis de partido, ni de Gobierno, ni siquiera de régimen: será la crisis definitiva de una ilusión acariciada durante años por el pueblo español: la de que llegase un día en que trabajando mucho pudiese, al fin, comer. Y sus consecuencias, como es natural, serán graves para unos, aunque favorables y provechosas para otros.

Angel PESTAÑA

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

SILUETAS PARLAMENTARIAS

EL SILENCIO HA TERMINADO EN LA CALLE

A las once y cinco de la mañana, treinta mil almas buscan su sitio en la espléndida plaza de toros nueva y millones aplican sus orejas a los auriculares y altavoces de la radio. Todo un país tocado de mesianismo se apresta a escuchar la palabra del elegido, con cierto temorcillo a que el Hombre no llegue al punto esperado. ¡Síntoma revelador de una situación! Cuando un pueblo, el día que la mayoría de un país, fija los ojos enfebrecidos en la figura de un seme-

Y EN EL PARLAMENTO...

jante dándole prestigios insospechados, es que el descontento se ha apoderado de él; la ilusión ha dado paso a sentimientos de dolor.

En la pasión que rodea a la figura de Lerroux vemos un gran peligro para el «líder» radical y para la propia España. La República está en su trance más difícil. A esa raya la llevaron los que la hicieron patrimonio de unos pocos.

Martínez Barrios, el «teniente», un radical de ayer, una limpia historia de luchador democrático que arranca de las cajas de una imprenta, pronuncia las palabras iniciales al comenzar el acto llamando a su jefe «caudillo de la ciudadanía española». Las palmas con que se acogen sus breves frases enlázanse con las que saludan la figura de Lerroux. En la ovación de la multitud hay tem-

blores maternales. Corre un aire fresco de mañana de febrero y muchos gritan se cubra la cabeza y no se despoje del abrigo.

Parece que estos entusiastas presienten que nada hay detrás de él y tiemblan ante una posible enfermedad que se lo lleve. La atmósfera, tan fina, vibra cargada de azul, que es el color de la esperanza.

Ya la voz pastosa del ex ministro de Estado, corre por los hilos de los altavoces y por las rutas del cielo. Dicen cosas de amor, predicando paz a los hombres de buena voluntad. Son hijas de una vieja experiencia, de muchos años de lucha, de toda una vida consagrada al ideal republicano del que pensó saldría una España mejor y más justa. «Odio, rencor, para nadie; amor, solidaridad. El aplauso comienza a caldear esa alma que el orador rozaba. Escuchemos aún..»

REFORMAS

Se acometieron reformas por el Gobierno provisional que a muchos parecieron precoces y dieron una preponderancia al sector socialista, tanto, que el país no ha sido gobernado en republicano, y republicanos somos los más. El socialismo ha sembrado un estado de alarma.

No tiene ni una sola palabra de condenación para la doctrina socialista, pero discute la eficacia y la oportunidad de las medidas y añade algo que es precisamente lo que esperan de él todos estos que le escuchan: «En su hora exigiremos desde el Parlamento, termine el período constituyente y pediremos el Poder. No confiar en un solo hombre que se transformaría en dictador, ni en un grupo que sería una oligarquía, confiad en un partido, en vosotros mismos.

EL SILENCIO DE LERROUX

Hablaban los actos, las cartas, los manifiestos, ayer. Luego el silencio, si lo hubo, significó sacrificio a la causa. Callé en San Sebastián porque ví que los nuevos republicanos desconfiaban del viejo y se le eliminaba. Callé, pensando sonriente: Contra mí podéis hacer algo, sin mi nada. Callé en la crisis cuando una representación del partido socialista me ofrecía la Presidencia de la República; callé en la última cri-



LERROUX ANTES DE EMPEZAR EL ACTO

sis después de haber hablado en la Alianza Republicana. Pero ya el silencio ha terminado en la calle y en el Parlamento y no ver en esto una amenaza para la vida republicana.

Este período y aquel en que alude a la dictadura del Ministro de Hacienda y ese otro que habla de las masas desbordadas y antes cobardes, son quizá los que logran un eco más resonante. «Soy revolucionario ante la reacción y conservador ante la anarquía» grita, y el entusiasmo de todos los heridos es enfriado al añadir el orador que la Constitución es sagrada mientras sea ley.

IGLESIA, AGRARISMO

El primer punto es bien claro en los postulados del partido radical. Los remozó hoy el jefe con idénticos caracteres. Señala sí, que la separación de la Iglesia y el Estado es una cosa y otra muy distinta la persecución religiosa.

Sobre la reforma agraria dice que no es obra de una sola generación ni de un Parlamen-

to. Vamos ahora a la nivelación de un Presupuesto con un aumento ciego y a voleo de los tributos.

Las lanzadas al ministro de Hacienda son subrayadas por el público y dejan al consejero en trance difícil.

Habla luego del Estatuto catalán, colocándole en los términos precisos, de las Cortes que viven demasiado tiempo, de las leyes de urgencia y retrocede al socialismo: «Los emperadores que amparan la opinión obrera deben volver a sus tiendas, dejando el paso a un gobierno republicano».

Y cuenta episodios de la salida del partido radical del Gobierno, que los lectores de LA CALLE conocen ya por mí mismo.

Sus palabras finales son un lema: Patria, patriotismo y patrimonio...

Este es el discurso de don Alejandro Lerroux, pronunciado de once a una en el



LERROUX EN PLENO DISCURSO

domingo, día 21 de febrero, ¿Qué efecto causará en la opinión?

Desde luego, no ha sido una oración demoleadora. Fue la de un hombre que se siente impregnado de responsabilidades y sabe que tiene que gobernar. Con claridad suficiente para que llegue a todos, ha hecho un acto de dura oposición a las normas políticas del actual Gobierno y, sobre todo, de los jefes socialistas, tintados de sectarismo, de los que ha repetido frases dirigidas contra él y plenas de odio. A muchos es posible que no les parezca suficiente, a otros demasiado. Nosotros, que escribimos sin asomos de pasión, creemos sinceramente que ha dicho lo que se esperaba, erigiéndose así en jefe de un amplio sector nacional. Todo lo que vive en penuria, lo que sufre en su carne la amargura del desencanto, se pondrá al lado de Lerroux y al aumentar su núcleo, ya enorme, puede arrojar a los que sestean en la teoría, con un movimiento muy parecido al del 14 de abril.

No olviden que las Cortes eran en su día representación

de la soberanía nacional, que el pueblo comienza a volverlas la espalda, y por ello, democráticamente, es preciso consultar de nuevo.

¡Ah! Pero ahí, precisamente ahí está la incógnita y el peligro. Todavía es pronto para pensar que no se reúnen los comicios por miedo. Pero del acto de esta mañana arranca un sentimiento que tomará cuerpo hora por hora.

Y no olviden los que sinceramente sienten amor por la República que la hora de las soluciones tiene un punto que pasa y se pierde.

Hoy Lerroux puede ser el puente, mañana ni él, ni nadie. Las Constituyentes en los días de Alfonso XIII pudieron parar la revolución y al mes ellos mismos la dejaron paso.

La Historia tiene sus enseñanzas y no deben olvidarlas los gobernantes aunque sea vida por ellos y del minuto anterior.

Luis de ARMIÑAN

Madrid y domingo.

ANUNCIE EN LA CALLE



MARTINEZ BARRIOS, HABLANDO

DIVAGACIONES

LOS ENEMIGOS DEL LIBRO

A MAD al libro!—se ha gritado muchas veces—. ¡Defendad al libro!—es un grito de hoy. El libro tiene enemigos. Sí. Y sus enemigos lo son de la cultura; por tanto, de la sociedad.

Yo conocí una vez a uno de estos grandes enemigos. Conspiraba contra el libro, contra la cultura, contra la sociedad. ¿Cómo? Escribiendo libros. Tenía un cómplice: su editor, un "judío". Un judío, así, entre comas, no necesita llamarse Samuel, ni apellidarse Smith; puede, inclusive, haber nacido en Barcelona, hijo de un gallego y de una mirobregense; no, por ello, será menos "judío" ni menos cómplice en la guerra al libro.

Decía yo que una vez conocí a un gran enemigo del libro.

En la feria de la Puerta de Santa Madrona, hace seis años, yo tenía un buen amigo, librero de ocasión. Solía pasarme horas y horas ante su caseta, hojeando libros y charlando con él. Una tarde le saludó un perfecto tipo de hombre vulgar. Físicamente, repulsivo; por su porte, repugnante. Frente comprimida; cejas peladas; hinchados los párpados; diminutas, inexpresivas (o expresando la más aguda inopia moral), las pupilas; entreabierto la boca, en "pose" de estupefacción.

Y muchas joyas: en la corbata, en los puños, en los mefiques. Un gran dije, tirando de una gran cadena de reloj. Botines.

Hablaba mirando al suelo o al cielo; hiriendo las piedras con la punta del pie, o jugando las manos. Nunca miró frente a frente, no por el pudor del humilde, sino por el terror del tímido, del incivilizado. Balbuceos, no frases; amagos de acción, no gesto, no mímica.

El buen librero de ocasión le llamaba a cada frase don... Por fin, me presentó a don... Equis.

Don Equis resultó ser el autor de un libro que yo había visto en todos los escaparates, en todos los quioscos de las Ramblas.

Pero los ejemplares vistos por mí pertenecían a la tercera edición. La primera, de varios millares, agotada; la segunda, de muchos millares, agotada también; la tercera, de un millón, agotándose; en la encuadernación, la cuarta.

Aquel libro se vendía "como pan", según expresión exacta de su autor, don Equis.

(No creáis que os estoy contando un cuento; don Equis tiene un nombre y dos apellidos, que yo sé; su libro, un título que recuerdo perfectamente, y conozco al editor. Ahora bien: debo ocultar todos estos detalles. Se trata de "un caso", como hay muchos. Y no sería lícita una acusación, ni honrado el resumir en "un caso" la responsabilidad de todos los demás.)

Unos hombres audaces acometieron una empresa, como ellos, temeraria: una expedición: una de tantas expediciones a este o al otro confín del orbe. La Prensa del mundo se ocupó de ellos. La multitud, como siempre, ávida de truculencias; la multitud incapaz de grandes empresas, que es la que eternamente sigue de cerca los pasos de los grandes emprendedores, devoraba párrafos y más párrafos explicativos de las proezas de los expedicionarios.

Don Equis tuvo una ocurrencia: escribir un libro que fuera el "relato de un testigo presencial". Como tenía psicología, peculiar a todos los insuficientes mentales, que podríamos llamar psicología de "Gil Balduquín" (autor: Carrére)—o bien: psicología de funcionario clásico—, don Equis se encerró en su habitación, después de proveerse de una docena de novelas de Julio Verne, dos o tres centenares de periódicos españoles, una cincuentena de periódicos franceses, un frasco de goma rábiga y unas tijeras de cortador de sastrería.

Antes de transcurridas dos semanas, don Equis tenía sobre su mesa más de 1.200 cuartillas, adherida a cada una de ellas un recorte de periódico o de novela verniana. Lo que faltaba era cosa de una semana más de labor intensiva: era sencillamente un trabajo de engarce. Ordenar aquello, interpolar unas cuantas frases de cosecha propia; traducir lo más ceñidamente—es decir: lo más inexactamente—posible los trozos franceses; colocar una docena de fotos recortadas, repartiéndolas con cierta habilidad entre lo escrito..., y marchar en busca de un editor, más comerciante que aprensivo.

Lo encontró. Después... Una portada chillona, una propaganda activa; grandes carteles con enormes rótulos. Y el cebo: "Memorias de un expedicionario". El público se encargó de lo demás. Pero el público, cuando ve un libro, no tiene por qué meterse en averiguaciones. No pregunta. En aquel caso, no preguntó si don Equis era un expedicionario de verdad o era un mixtificador. O si el editor era un amante de la vulgarización científica o del "superávit" del libro de Caja. Adquirió el libro, lo leyó con avidez. Se enteró de que en tal región existe una especie de rumiante que no existe en realidad. Y sabe que en tal otra los indígenas no contraen matrimonio hasta no tener descendencia, consistiendo la ceremonia nupcial en comerse asado al primer hijo, si es varón, o crudo, si es hembra. Todo esto es mentira. O es verdad, pero sucede precisamente entre los antípodas de aquellos con quienes convivieron los expedicionarios cierta noche...

El público, sin embargo; el gran contingente de público, pues a las minorías selectas no se las embauca tan fácilmente, daría por bueno todo esto; lo sumaría a su pequeño acervo de cultura general. Y hasta otra vez.

Lo peor de todo es que no sucede solamente con obras de tipo novelesco, sino que ocurre, con excesiva frecuencia, por desgracia, también cuando se trata de obras de ciencia, de política, de sociología.

Don Equis—así nos lo aseguró—, en vista del éxito obtenido, recibió el encargo de "su" editor (ya hablaba de "su" editor) de escribir otros tres o cuatro libros sobre los temas más diversos. Yo no sé cómo saldría de aquella empresa, pero sospecho que con ayuda de otros libros, de otros periódicos, de la goma y las tijeras, saldría bien. Bien, para él y para los ingresos de su "cómplice"; mal, muy mal, críminosamente para los lectores.

En el aspecto de la bibliografía en que más "don Equis" encontramos, es en cuanto se refiere a folletos y publicaciones breves. Sobre los más diversos motivos, sobre las más fundamentales—y, por tanto, peligrosas—doctrinas, vemos libros arbitrarios, indocumentados; escritos sin el menor escrúpulo (a veces aun sin los más rudimentarios elementos del idioma).

Entre tanto, sabemos de hombres estudiosos, investigadores, manejadores conscientes y exégetas; honrados, además, con esta clase de honradez que podríamos llamar didáctica. Y no logran hallar un editor que se encargue de difundir esos productos de un trabajo concienzudo, sereno y competente.

Iniciéase, pues, la cruzada contra los enemigos del libro, que, no me cansaré de repetirlo, lo son acérrimos, encarnizados, de la cultura, de la sociedad, de la perfección espiritual y material del hombre.

FEIJOO Y TORRES

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

UN HOMBRE, UN DISCURSO Y UN AMBIENTE

Por fin, contra todas las maliciosas profecías y todos los pesimistas augurios, don Alejandro Lerroux ha hablado, ha pronunciado su discurso, que ya era famoso antes de ser dicho por lo mucho que se hizo esperar y por lo mucho que se esperaba de él. Posiblemente no ha satisfecho todas las ansias que en él habían cifrado más o menos autorizadamente, tanto las de un lado, como las de otro.

Don Alejandro ha dicho lo que ha querido decir y no lo que unos y otros querían y esperaban que dijera con esperanzas alimentadas quizás con un exagerado egoísmo o con una tendencia excesivamente personalista.

Por sobre la desmesurada expectación que había despertado, ha pasado el discurso del caudillo como un meteoro hurtando a la pasión demagógica de ambos mandos esa fuerte emoción que se habían prometido a costa de la responsabilidad ajena.

Así, pues, contra todos los augurios ha hablado don Alejandro y no ha pasado nada... Quizás sea ésta la mayor virtud de su elocuente peroración este sentido tenue de continuidad de que tanto carece el actual momento político de España, donde se amontona desde el advenimiento de la República insensatamente tanto apresuramiento suicida y tanto afán cobardemente acallado durante los siete interminables años de dictadura.

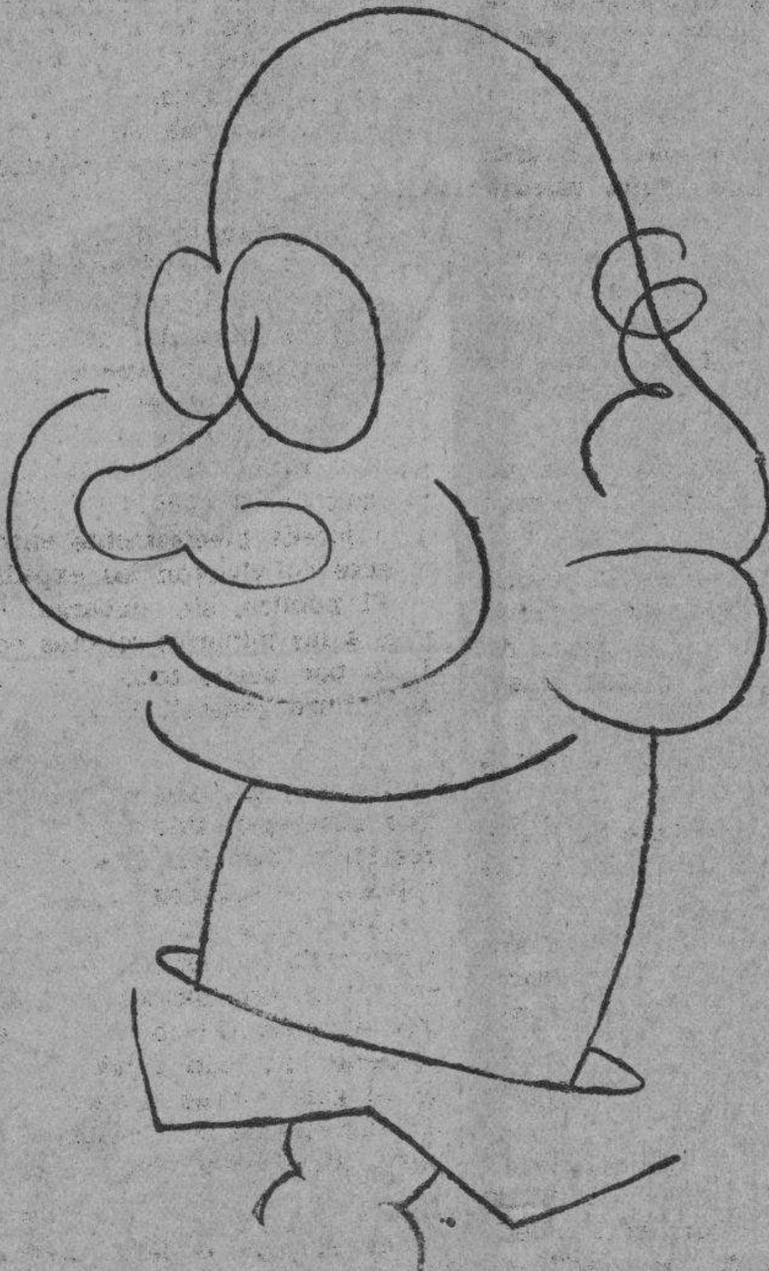
Es esencialmente de tiempo de lo único que carece la naciente República; y de ello provienen todos los demás males que parecen conjurarse contra ella. Trégua... Trégua y espacio son los únicos elementos que hay que recabar a toda costa para que pueda desarrollarse y consolidarse robustamente este naciente régimen que por haber tardado tanto, viene quizás con un paso apresuradísimo y altamente peligroso para su vida. Este sentido de laxitud y de calma política es lo que más acertadamente ha procurado imprimir el jefe radical a su discurso para llevarlo al ánimo de los que tanto esperan de él, pero también tan rápida y apresuradamente.

Nada debe hacer vertiginosamente en el actual momento político ningún hombre que tenga un mediano sentido de la responsabilidad y menos si como en el caso de Lerroux se ve demandado simultáneamente por una masa radical asiduamente cultivada en sus ansias izquierdistas y otra diametralmente opuesta, llena de instinto conservador y de amplio sentido gubernamental.

que imprima un nuevo ritmo al momento político actual.

La desmedida intensidad política del actual momento, esa bárbara presión arterial con que ha nacido la segunda República, pueden dar el traste con las más puras ilusiones republicanas.

Cuando con rara unanimidad todos se aprestan a esgrimir



Convergen estas dos masas en la admiración a un mismo caudillo de modo paradójico impulsadas por el trágico vértigo que imprimen a los designios de la República otros sectores políticos de un mayor sentido del radicalismo y de una sed insaciable de reivindicaciones sociales, tan injustamente contenidas antes como precipitadas ahora. Y de su extraña coincidencia, nace esta pausa de duda y meditación que afortunadamente puede ser la pauta serena y acompasada

apresuradamente grandes y trascendentalísimos programas de gobierno y todos los santitos y santones se apresuran a declarar su virtuosa ambición de poder, cuando todos, con innegable inmodestia y dudosa maestría, se aprestan a realizar los más raros y atrevidos experimentos con el tierno cuerpo de la naciente República, tiene más viso del que aparenta un mínimo programa de espera y respeto unido a una loable promesa de amplias facilidades.

Claro que esto entraña el grave peligro de defraudar las más sanas esperanzas y quizás de descorazonar definitivamente a los que no sienten o no saben sentir la gran importancia del silencio o la noble iniciativa de la pasividad, que desdichadamente son la mayoría y que por ser la mayoría, son la esencia de la democracia; pero es que tan malo es morir tiranizados, como morir por un empacho de libertad. Es posible que aun sea peor, porque esta última muerte política, implicaría la preconización de la otra.

Si tratáramos de desmenuzar el discurso de don Alejandro Lerroux para comentarlo minuciosamente, tendríamos que desistir, dando la razón a los desilusionados, diciendo que nada nuevo hay realmente en él. Ello es su más destacada característica: la falta de novedad. Esa tan esperada novedad, evidentemente no se ha producido; y nos inclinamos a creer que no se ha producido, deliberadamente.

A nadie que reflexione desapasionadamente sobre las palabras del ilustre caudillo, puede pasarle desapercibido que las novedades que hay en su más íntimo sentimiento político no se quieren decir ni se deben concretar en palabras. La marcada inclinación hacia la derecha que imprime a su más reciente actuación política Lerroux, mientras no sea plasmada en concretas declaraciones, no adquirirá vida de hecho ni trascendencia histórica, conservando su esfumada realidad toda la emoción y todo el sagrado fuego que necesitan para ser consideradas políticamente, o más claro: si don Alejandro deshiciera esta rara unión de fuerzas evidentemente dispares que los recientes hechos han aglutinado en torno suyo, mermaría insensatamente una respetable masa política que, aunque de hecho no realiza la labor fundamental de gobernar que tantos ansian con un sentido simplista de la cosa política, es innegable que con su aparente unión gobiernan indirectamente y contra-restan esa especie de vértigo democrático tan peligroso para la buena marcha de un país si en más de una ocasión no encontrara un adecuado freno para contener su propio impulso. Llámese este freno como quiera llamarse o carezca de nombre si quien puede no ha creído oportuno dárselo.

CIRINEO

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

Rostros de actualidad internacional



1.—Mr. André Tardieu, nuevo Presidente del Consejo de ministros de Francia.

2.—El señor De Valera, jefe de los Republicanos de Irlanda, que ha obtenido una brillantísima victoria en las elecciones generales últimamente celebradas en dicho Estado Libre. - (Fot. Keystone)

3.—Pu-Yi, ex emperador de China, que ha sido elegido jefe del nuevo Estado independiente de Manchuria. — (Fot. Vidal)

PERIODICOS DE IZQUIERDA

‘‘NUESTRA ÉPOCA’’

SI; un periódico más — nos dijimos a nosotros mismos cuando este pregón: «Nuestra Epoca», semanario político y pasado—: uno de tantos «periódicos nuestros oídos a fines del año pasado—: uno de tantos periódicos», que nacen, casi siempre, del entusiasmo irreflexivo de media docena de muchachos y con un capital (?) extraído de sus pobres bolsillos. Media docena de números—tanto como son los que, sin duda, lo hacen... y a morir. Esto dijimos, porque esto pensamos, cuando «Nuestra Epoca» apareció.

Sin embargo...

Hoy tenemos que rectificar: «Nuestra Epoca» no ha muerto. Muy lejos de ello, vive plenamente y con vida más intensa y más prometedora, cada día. Y, lo que es más difícil en estos momentos transicionales de pública desorientación, «Nuestra Epoca» se lee. Es decir: se vende. El público madrileño la espera con la misma ansiedad, como en las horas prerrevolucionarias esperaba a «Nueva España», a «Nosotros» y a «LA CALLE», de Barcelona, para quien, precisamente, son estas cuartillas.

¿Por qué? Sencillamente: porque «Nuestra Epoca» «dice cosas», porque no es el «papelucho» redactado por un grupito de inconscientes, como figuráramos, sino que... Pero no adelantemos los comentarios. Y, pues cediendo a un impulso de curiosidad, hemos visitado la redacción de «Nuestra Epoca», digamos lo que hemos visto allí y lo que allí nos han contado.

* *

«Argis», Altamirano, 18. Un gran centro de ediciones y publicaciones. Ruido de máquinas (linotipias, rotativas), en la planta baja; unos peldaños, pocos, y otra vez ruido de máquinas, ahora, de escribir.

—¿La redacción de «Nuestra Epoca»?

Nos indican una puerta en que se lee: «Comité directivo». Llamamos a ella; se nos franquea.

Un buró, varias mesas, dos máquinas de escribir. Muy modesto todo ello. Pero en un ambiente de gran laboriosidad. Preguntamos por el director de «Nuestra Epoca», y

nos responden: servidor de usted.

Quien nos responde nos hace temer. Un muchacho. ¿Sería exacto nuestro primer juicio?

—¿Su firma?

—Feijóo y Torres.

—¿Poca historia periodística, verdad?

—Más bien, ninguna. De «periodismo profesional», un año.

—¿Cómo director de «Nuestra Epoca»?

—Quince días. Comencé mi «profesionalismo» en «LA CALLE», de Barcelona.

—¿Hombre!, felicísima coincidencia.

—¿Pues?...

—Precisamente... yo soy... Tito Arnaudi. ¿No ha oído usted hablar de mí?

—Perdone, pero no conozco otro Tito Arnaudi que el personaje de Pitigrilli.

—Sí, claro. Como que es un seudónimo.

—¡Ah!

—Un seudónimo que yo utilizo a la hora de las entrevistas. Yo vengo a eso, a entrevistar a usted. A que me cuente cosas de «Nuestra Epoca» para «LA CALLE»; por eso dije: felicísima coincidencia.

—Sí; pero ¿qué voy a contar a usted? «Nuestra Epoca» tiene aún muy poco que decir de sí misma (eso no significa que, con el tiempo, no dé qué hablar, pues lo daré) y su director, un director de quince días, menos.

—Pues, si no del pasado, hableme usted del porvenir. Proyectos...

—¡Oh! proyectos tenemos en abundancia. Y esperamos, con la ayuda del público, convertirlos muy pronto en efectividades.

En términos generales, nuestro proyecto es hacer de «Nuestra Epoca», el verdadero

semanario político y social de izquierdas. Auténtica agora de la opinión izquierdista de España, genuino portavoz de las aspiraciones populares.

En otro orden de cosas, aspiramos a que «Nuestra Epoca», sobre la labor educativa indirecta que compete a todo órgano de Prensa, practique una acción más directa sobre el pueblo. Nuestro lema es: ¡Todo por la cultura popular! Y a este fin, «Nuestra Epoca» organizará concursos de diversas especies. Ya hemos publicado las bases de nuestro concurso de teatro social, que ha merecido una favorable acogida.

Otro medio, el más eficaz, será la creación de Comités o Juntas de Amigos de «Nuestra Epoca», que actualmente nos ocupamos de organizar. Esas Juntas o Comités, tendrán una finalidad perfectamente concretada: llevar la ciudad al campo, o sea, llevar la cultura, las manifestaciones del progreso, germen del amor a la libertad, a los pueblos españoles, mediante la conferencia, el folleto, el disco y el cinematógrafo.

—¿Algo así como lo que se proponen los Comités de cooperación intelectual?

—En el fondo, caro. Pero nuestra idea está fija más bien en el campo. En la ciudad no faltan Ateneos o Centros, ni en éstos, actos culturales. Pero nuestros pueblos, sobre todo, nuestros pequeños pueblos, carecen de todo eso. Y esa penuria de orientación política y social, y en general de cultura, los hace propicios a todo, ¿comprende usted? Lo mismo a la utopía suicida que al retroceso.

.....

—En ese caso ¿«Nuestra Epoca» se convertiría en ór-

gano de tales Juntas o Comités?

—«Nuestra Epoca» no se convertiría en eso que usted dice porque «Nuestra Epoca» tiene ya su carácter definido.

Los «amigos» de «Nuestra Epoca» no podrán exigirle que cambie de carácter, lo mismo que un amigo de usted o mío no nos vendría con semejante exigencia. Al que no le guste nuestro «modo de ser» le queda el recurso de no hacerse amigo nuestro ¿no es así?

—En efecto. Y dígame: ¿Ya funciona a algún organismo directivo?

—Aun no. Existe un Comité de Iniciativa, cuyos nombres no tengo autorización de divulgar hasta el momento de lanzar nuestro manifiesto o alocución, después de esto y, cuando haya recibido el Comité un prudencial número de adhesiones, se convocará a Asamblea preparatoria, en la cual se nombrará la Comisión organizadora, propiamente dicha.

—Así pues, ese Comité de Iniciativa ¿en qué se ocupa?

—En trabajos preliminares como lanzar la idea, redactar nuestro proyecto de programa, dirigirse a determinados elementos en busca de adhesión, etcétera, etc.

—¿Y usted cree que prosperará tal iniciativa?

—Estoy optimista y mis compañeros de redacción también.

—A propósito, ¿no podría darme sus nombres?

—Tendría que consultar con ellos. Y creo que preferirían callar. Yo mismo que le di mi nombre al principio, no lo habría hecho de saber que se trataba de una entrevista. Soy tan enemigo como ellos de la publicidad. Además de que lo interesante en este caso no somos nosotros, sino «Nuestra Epoca».

* *

Hasta aquí las palabras del señor Feijóo y Torres. Después de ellas ¿qué decir por propia cuenta en loor de ese joven y ya maduro semanario de izquierdas, que lleva el nombre más expresivo y concreto que se pueda imaginar?

TITO ARNAUDI

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

UNA INTERESANTE CHARLA PARA "LA CALLE"

"ACTUALMENTE EL PROBLEMA MAS ESENCIAL PARA LA POLICIA, EN LA CIUDAD DE LOS CONDES,

EL PRETEXTO DE UNA DIMISION Y LAS LAS CAUSAS VERDADERAS

EL director general de Seguridad, don Ricardo Herraiz, presentó la dimisión de su cargo hace unos días. La fundamenta en la crítica que hizo un diario de la noche a causa del escandaloso suceso de la calle de Santa Clara.

¿Y es por esto? No. Desde luego, por este escandaloso y audaz atraco, pero no por las censuras del diario nocturno. El señor Herraiz sabe que, como funcionario público, cae bajo el radio fiscalizador de la Prensa, tanto para el elogio como para la censura, y como lo sabe, lo acata... Es, repetimos, un pretexto...

La población de Madrid, de algunos años a esta parte, ha aumentado considerablemente. También la delincuencia. Esta ha cambiado sus procedimientos de delito. El maleante se ha "europeizado", mejor dicho, se ha "universalizado", adoptando la escuela del bandidaje de Norteamérica. Ya no realiza sus delitos temerosamente y dispuesto a la huida. Ahora, ataca de cara, pistola en mano, y hace frente a sus perseguidores.

Y si ha aumentado la población, la delincuencia y los métodos de "operar", la Policía, en cambio, sigue estacionaria, sin que se haya aumentado en un solo agente de la plantilla que rige desde hace quince años. En estas condiciones, la Policía tiene que fracasar necesariamente y cuanto haga hay que estimarlo como un verdadero sacrificio.

El señor Herraiz lo sabe porque procede del Cuerpo. Al encargarse del alto cargo le

prometieron aumento de personal. No sólo no le han cumplido la promesa, sino que le han restado elementos. Y al primer caso audaz y escandaloso, como este de la calle de Santa Clara, que viene a demostrar la razón y justicia de su solicitud, se apresura a di-

cos, porque, repetimos, procede del Cuerpo.

Prestaba sus servicios como jefe de la Inspección de guardias de la Dirección General, cuando fué nombrado para este alto cargo aquel feroz e inhumano general Arlegui.

Trató un día de humillarle

LOS ACTUALES MOMENTOS.—SU SEPARACION DEL CUERPO

—¿Viene usted al cargo—le preguntamos—por disciplina política, por entusiasmo profesional o por espíritu de sacrificio?

—Más bien que por otra cosa, por gratitud debida a quien pensó que mis servicios pudieran ser útiles en este cargo... De modo que si no precisamente por disciplina política—yo no soy político—, por algo muy parecido...

—Para el desempeño de este cargo, ¿cree usted difíciles los actuales momentos políticos y, sobre todo, el grave problema social?

—Difíciles, sí; insuperables, no. Con un poco de instinto en estas cosas y un mucho de deseo, de rectitud y de justicia, y, sobre todo, de buena voluntad, creo que podrán irse venciendo todas las dificultades. No hay para ello sino multiplicar el trabajo propio y obligar a que hagan lo mismo quienes a mis órdenes están.

—El tiempo que ha permanecido alejado del Cuerpo, ¿perdió usted con él el vínculo espiritual y el contacto material?

—El contacto material casi en absoluto y por mi propia voluntad. Mi situación, un poco de rebelde, me hacía rehuir voluntariamente el contacto con mis compañeros, a dificultad más mínima, que pensaba yo, acaso con demasiada suspicacia, que pudiera originárseles si frecuentaban mi trato. El vínculo espiritual no lo perdí nunca y siempre me emocionaron alegremente los triunfos de la Policía, como me descorazonaron y deprimieron sus fracasos.



El inspector de policía don Ricardo Herraiz, que ha sido nombrado director general de Seguridad

mitir, sabiendo que el hecho se ha de repetir y que nada, o casi nada, puede hacer para evitarlo.

Por encima de la vanidad del cargo ha puesto su deber de funcionario, que entraña una gran responsabilidad, y quiere asumirla, pero contando con los medios para ella.

Mas, según nuestros informes, el Gobierno, comprendiendo que la razón le asiste, no le acepta la dimisión y probablemente el número de funcionarios policíacos será aumentado, aunque no dentro de las verdaderas exigencias y necesidades que reclaman los actuales momentos.

El señor Herraiz conoce a fondo los problemas policí-

cos con su despotismo, y el señor Herraiz, consciente de sus deberes como funcionario y como hombre, tuvo un gesto y pidió la separación del Cuerpo... La República, que conocía sus méritos y competencia, le nombró jefe superior de Policía, en Madrid, y al pasar el señor Galarza a la subsecretaría de Comunicaciones, don Ricardo Herraiz, por acuerdo del Gobierno en Consejo de ministros, fué elevado a la Dirección General... El Cuerpo lo recibió con júbilo y satisfacción.

Días antes de presentar su dimisión tuvimos con él una interesante charla para LA CALLE.

Nos dijo...

CON EL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD SON LAS AGRESIONES A MANO ARMADA, POR LA ALARMA QUE PRODUCEN Y POR SUS RESULTADOS”...

LAS REORGANIZACIONES DEL CUERPO DE VIGILANCIA

—De cuantas reorganizaciones o modificaciones hicieron los directores que le han precedido a la verdadera ley orgánica del Cuerpo, ¿cual ha sido la más acertada y cuál la más desdichada?

—Todas las organizaciones son buenas con tal de que produzcan buenos resultados. No creo yo que dependa tanto esto último de la organización, como del interés y el ahínco con que se trabaje. Una mediana organización, contando con buenos funcionarios, puede resultar excelente. La mejor intencionada, la más moderna, la más científica, si usted quiere, ha de resultar necesariamente una cosa desdichada si los funcionarios no trabajan a gusto.

—¿Cree usted que en los días presentes, con el nuevo régimen, la Policía debe mantener el espíritu y la textura física que le dió, al crearla, el señor Méndez Alanis?

—El señor Méndez Alanis, creador de la Dirección General de Seguridad, supo rodearse de excelentes colaboradores—uno de ellos el ilustrado don Carlos Blanco—, que fueron quienes imprimieron a la Policía el sello que aún conserva a través de tantos cambios de jefatura. Por lo demás, el gran don Ramón vivía un poco alejado de los subalternos y sólo por conducto de los altos jefes se comunicaba con ellos. Yo no vivo tan en las alturas y pienso—el tiempo y las circunstancias ayudando—vivir muy en contacto con quienes materialmente han de realizar los servicios de policía.

EL PERSONAL. — SUELDO QUE DEBE DISFRUTAR. — RECOMPENSAS

—Para que los servicios policíacos sean en toda España rápidos, contundentes y eficaces, ¿qué número, entre jefes y subalternos, debe tener el Cuerpo?

—Un número no le puedo dar... Pero, desde luego, el de jefes, en Vigilancia, me parece suficiente, aun cuando las plantillas se aumenten hasta el número necesario para cubrir todos los servicios. Desde luego, el número de agentes y guardias es escaso. Al aumentar estos últimos debe hacerse otro tanto con los oficiales de Seguridad.

—¿Qué sueldo mínimo debe disfrutar el funcionario del cuerpo de Vigilancia?

—Tampoco a esta pregunta puedo contestar con una cifra, como tal vez fuera mi deseo y sería mi gusto. Debe tener lo necesario para vivir decorosamente, sin necesidad de recurrir a arbitrios de ninguna clase para allegar recursos a su casa. Hay que tender a que los policías den toda su actividad, la de todos sus días y todas sus horas, al Estado, que les paga como policías, y sin dedicarse a ninguna otra clase de actividades.

—¿Cómo piensa recompensar el verdadero mérito, el servicio excepcional o las dotes excepcionales de inteligencia? ¿Con el ascenso, con premios en metálico o con distinciones honoríficas?

—Si puedo, con premios en metálico y mostrándome en ello tan liberal como pueda. Si hay manera de conceder distinciones honoríficas y esto satisface a la vanidad de

algunos, por mi parte no ha de haber inconveniente en ello. Ascensos fuera del riguroso escalafón, no. Tal pudiera ser el mérito del funcionario, sin embargo, que conviniera sacarlo de ese triste encasillado; pero esto habría de ser en circunstancias tan excepcionales que mucho me temo que jamás se presente el caso de apelar a este recurso, que nunca es bien visto entre los funcionarios del Cuerpo de Vigilancia.

LA POLICIA EN BARCELONA. — MODIFICACIONES. — PROBLEMA MAS ESENCIAL

—¿Cree usted que está bien organizado y con número necesario el servicio policíaco en Barcelona?

—Creo que está muy bien organizado y admiro a aquella plantilla que, por las especiales condiciones en que se desenvuelve la vida en la gran urbe, necesita estar bien alerta. El número de funcionarios me parece insuficiente en ambos cuerpos. Y lo que digo en este sentido de Barcelona podría referirlo, asimismo, a casi todas las capitales de provincia españolas.

—¿Qué modificaciones más urgentes estima que han de llevarse a cabo en esta gran capital?

—En lo que al servicio se refiere, tal vez ninguna. Lo que hay necesariamente que hacer es aumentar el número de agentes.

—En la ciudad Condal, ¿cuál es el problema más esencial para la policía? ¿La delincuencia vulgar con sus agresiones a mano armada, o las rebeldías en las luchas político-obreras?

—Las agresiones a mano

armada, por la alarma que producen y por resultados, naturalmente. Y esto, sea cualquiera el origen o motivo de las agresiones.

PROYECTOS QUE ABRIGA

—¿Cuáles son sus proyectos inmediatos?

—Desde que con mi nombramiento de director general de Seguridad me he visto sacado del oscuro rincón en que vivía y expuesto a la mirada y a la crítica de las gentes, he tenido ocasión de repetirlo unas cuantas veces. Como nunca pensé en ser lo que soy, nunca se me ocurrió pensar en reorganizaciones y tampoco, desde que estoy aquí, se me ha ocurrido introducir grandes modificaciones en los servicios. Lo único que he pensado y pienso llevar a la práctica—si permanezco en este sitio algún tiempo—con verdadero tesón, es obligar a trabajar a la Policía y, como consecuencia de ello, hacerla eficaz, y según la práctica em vaya enseñando deficiencias y errores, irlos corrigiendo con el deseo de acertar y sacrificando a ese objetivo mi tranquilidad. Pero pensar en reorganizaciones o cambios de sistemas, o simplemente de nombres, en los diferentes organismos de la Policía, decretadas desde el cómodo sillón de mi despacho y sin mirar fijamente a la realidad, no. En más de una ocasión he dicho que yo no soy sino un practicante de la Policía y no se puede esperar de mí otra cosa sino el intento—cuando menos el intento—de hacer cosas prácticas. Y yo estoy seguro de que aun siendo este programa tan modesto y tan empírico, si consiguiera verlo realizado, habría logrado con-

INTERPRETACIONES

EL SEÑOR QUE SE DIVIERTE

MAS bien gordo que flaco. Cuarenta y cinco, cincuenta años. Tipo de pequeño burgués, de optimista. Rostro apagado, impersonal.

Es, indudablemente, un señor serio. Es el prototipo de la seriedad. Monárquico, católico, lector asiduo de "A B C", etc., etc. Defensor de la familia, de la religión, del rey. Tal vez somatenista, como la mayoría de señores serios. Admirador de los jesuitas. Se regocija cristianamente cuando la policía o la Guardia civil la emprenden contra los obreros. Venga o no venga a cuenta, ataca la República y, en tono cómicamente elogioso, canta las grandezas de la monarquía.

Este señor serio, el martes de Carnaval se divirtió en Madrid. En un café de la madrileñísima y simpatiquísima calle de Alcalá.

Este señor serio se ha disfrazado de don Juan Tenorio. A pesar de su barriga, de su papada, de su calva, de su seriedad, se ha disfrazado. De don Juan Tenorio, que es el más serio y el más español de los disfraces.

Pero como se trata de un hombre metódico y ordenado, inconscientemente, como todas las noches, se ha dirigido al café. Sin tener en cuenta el disfraz, que en él es normal, pues se pasa la vida—su pobre vida ordenada, metódica, de reloj, llena de sordidez y ramplonería—disfrazado de hombre serio.

REPUBLICANOS SOSPECHOSOS

Existe en Barcelona—según leo aquí, en Madrid—una "Agrupación Femenina Católica Republicana".

Más católica que republicana, la Agrupación ha cumplimentado al obispo. ¿Cuándo cumplimentará a la República?

El señor Solá de Cañizares fué quien presentó al obispo las damas de dicha Agrupación. Ese señor Solá de Cañizares que salió elegido gracias a los votos de los republicanos y que, una vez concejal, no ha hecho sino colaborar con la infecta gentuza de la Lliga.

UN AFICIONADO

Romanones—amigo de Marañón y del ex rey, amigo de todo el mundo—ha elogiado y ensalzado la figura política de Alejandro Lerroux.

Y es que Romanones—el de Guadalajara, el de la viveza, el político de la "picaresca"—no ha perdido las ganas de ser ministro de la República. Como lo fué de la monarquía.

¿Qué más da? La cuestión es la cartera. Romanones siempre fué muy aficionado a las carteras.

"HA NACIDO UN NIÑO"

Este es el título de una novela, de una novela formidable de Charles Harrisson Yale. Es la segunda obra que leemos de este escritor. La primera fué "Los generales mueren en la cama".

"Ha nacido un niño." Novela fuerte, audaz, bellísima, llena de piedad, de generosidad para con los humildes, los

vertir a la policía en lo que por ella y siendo más firme ya está en camino de ser: un sostén del orden público.

civil de hombres bien preparados para su función, sintiendo ilusión y entusias-

José L. BARBERAN

Madrid, febrero 1932.

tristes, los malditos de la tierra que padecen hambre y sed de justicia.

"Ha nacido un niño." Novela no apta para señoritas, no apta para pollos fruta, no apta para viejos imbéciles defensores de una moral rígida y antipática.

"Ha nacido un niño." Novela de obreros, de miseria, de prostitución, de huelgas, de represiones bárbaras, de crueldad innoble disfrazada de filantropía.

"Ha nacido un niño." Novela para hombres—yo os recomiendo su lectura—, para hombres inteligentes y sensibles.

NIEVE

La nieve: en los campos, en las montañas, en los caseríos. La nieve que, a pesar de su monotonía, quita monotonía al paisaje y le da apariencia de cosa inédita.

La nieve: a través del cristal de la ventanilla del "dining-car", contemplada en una atmósfera cálida y confortable. A causa de la velocidad del expreso, tintinea la vajilla en las mesas. Humean las fuentes. Hoy, con la nieve, el menú del "dining-car" parece más absurdo que de ordinario.

Conversaciones en voz alta, ir y venir de los camareros con sus fraques de botones dorados. Concurrencia, sino chic elegante, de gente bien acaudalada en la vida.

Una dama limpia el cristal de la ventanilla, empañado por el vaho del comedor, con el papel que envolvía el panecillo. Contempla el paisaje blanco de nieve.

El tren se ha detenido. Estamos en Arcos de Jalón.

La dama dice:

—¡Qué bonita es la nieve!

Unos niños, desde el andén, nos contemplan, nos ven comer, nos saben a cubierto del frío. Ellos andan desaharrados, casi descalzos; tienen las manos y las caras lívidas.

Para ellos la nieve no es una cosa tan bonita.

Luis CAPDEVILA

Madrid. Febrero.

Entre la enorme cantidad de escritos, trabajos y colaboraciones que recibimos y sobre los cuales, como venimos diciendo persistentemente, no podemos mantener correspondencia, hay muchos que ni siquiera leemos porque vienen firmados con un seudónimo o con iniciales.

Es inútil que nuestros comunicantes se dirijan a nosotros en esa forma anónima, pues ya se les alcanzará que no podemos dar valor más que a los escritos que lleven al pie una firma y una dirección, sin perjuicio de que no aparezcan consignados en nuestras columnas, si así lo desean los interesados.

LOS HOMBRES DE LA REPUBLICA

EL DOCTOR HUMBERTO TORRES DICE QUE SE APROBARA EL ESTATUTO Y QUE LA IZQUIERDA CATALANA QUEDARÁ SATISFECHA

ENTRE las personalidades políticas de Lérida, una de las de más positivo valor, una de las de más prestigio, una de las más respetadas y consideradas, es el doctor Humberto Torres. Político austero y de arraigadas convicciones republicanas; hombre ponderado y recto; orador notable y enjundioso, comenzó su vida pública en la famosa "Juventud Republicana" de esta capital, de la que fué, con Alfredo Pereña, su iniciador y decidido e incansable propagandista.

El doctor Humberto Torres, con sus vibrantes arengas; con sus discursos inspirados en las más sanas doctrinas; con su ejemplar actuación, levantó el espíritu republicano de la provincia, dominada por las taifas caciquiles del régimen caído, y logró ser alcalde popular, elegido por sufragio universal, poco antes de imponerse la Dictadura. En "El Ideal", valiente diario republicano, que dirigía nuestro querido camarada Antonio Puch, que tantas persecuciones sufrió, el doctor Humberto Torres estableció su tribuna política, prolongación de la que tenía instalada en "Juventud Republicana", y de sus discursos y conferencias en toda la provincia.

Y ahora, actualmente, es la figura más destacada de los elementos republicanos de la misma. Es el alma y el verbo, en ella, de la Izquierda Catalana.

He visitado al doctor Torres en su domicilio. Era la hora en que recibía a sus enfermos. A pesar de ello, amable y cordial, me ha dedicado unos momentos. Y ha empezado diciéndome:

—Pregúnteme, pregúnteme...

—¿Cuál es la situación y desarrollo de la Izquierda Catalana en Lérida?—le he preguntado.

—La Izquierda Catalana tiene mucha más fuerza después de las elecciones pasadas. Y digo esto, porque se ha



El doctor don Humberto Torres, la más destacada personalidad de Izquierda Catalana en Lérida, con nuestro compañero señor Gaya Picón (Fot. Farrán)

podido constatar en numerosos actos y por los datos de las delegaciones locales. No, no hemos perdido adeptos, sino que los hemos ganado, como se verá en el Congreso del Partido, por el número de representantes que irá de Lérida.

—¿Y la actuación parlamentaria de la Izquierda?—digo luego.

—Hemos estimado — me contesta—que, más que nada, el objeto principal de nuestra actuación era el problema de Cataluña. Y por ello acordamos no intervenir en debate alguno fundamentalmente doctrinal, dejando toda la labor para discutir am-

pliamente el Estatuto. Y en tal forma nos hemos producido que la Izquierda está preparada para hacer en tal momento, en el momento de la discusión, una actuación brillante. A tal efecto, se ha dividido el trabajo en ponencias, que nos hemos repartido para estudiar y aquilatar los temas, habiendo invitado a todos los parlamentarios catalanes, desde los de la Lliga a los radicales, para que nos presten su concurso. Antes de la discusión, celebraremos una reunión plenaria de fuerzas de Cataluña, en la que contrastaremos el estudio hecho de los puntos principales a discutir, que

son: Soberanía de Cataluña; orden público; lengua y enseñanza; política social; administración de justicia, y Sanidad y asistencia social. Estas ponencias están distribuidas entre 15 ó 20 diputados.

—¿Qué le parece el dictamen del Estatuto?

—Bien; ha quedado casi como pedía Cataluña. Lo de la Enseñanza, que era lo único que parecía más dificultoso, y está como eran nuestros deseos, mejor de lo que cabía esperar. Y, ahora, digo de un modo terminante que los contrarios al Estatuto no nos pueden vencer, como no sea por la fuerza del número. Y si fuera así, no resultaría la obra de un Parlamento liberal. Por razones, con razones, no nos vencerán. Yo estoy convencido de que no pasará nada y que quedaremos satisfechos. Hay que tener en cuenta que el Parlamento no todo es Maura ni Melquíades Álvarez, sino que hay un Azaña, secundado por todos los buenos liberales, y un Luis Bello, que en el seno de la Comisión se puso a nuestro lado, siendo seis contra ocho...

El doctor Torres tiene todavía clientes que aguardan ser recibidos, y para no perturbarle más su misión profesional, inicio la despedida. Entonces me retiene unos instantes y me dice:

—Ahora me interesa que haga constar una cosa, y es la siguiente: Hace unas semanas publiqué un artículo en "La Jornada" titulado "Toque de atención", artículo que ha dado la vuelta por la Prensa y ha sido comentado significando que era el distanciamiento mío de la Izquierda. Bueno, pues no era nada de eso, sino que era el sentir de un hombre que perdona una campaña equívoca y que nunca estará tan identificado como ahora con la Izquierda Catalana.

José GAYA PICÓN

Lérida y febrero, 1932.

PANTALEONI H. NOS

Confecciones para Caballero y Niño

ABRIGOS los mejores

13 - PUERTAFERRISA - 13

El discurso de D. Alejandro Lerroux, en Madrid



«El partido republicano radical, con su ideario de siempre, está donde estaba». — (Fot. Piortiz)

«En un porvenir muy próximo, tendremos lo que hoy no tenemos: Patria, patrimonio y patriotismo». — (Fot. Vidal)

«Yo puedo aspirar a todo, menos a una cosa: a ser dictador». — (Fot. Piortiz)

«La Constitución, para nosotros, mientras sea Ley, es sagrada.»—(Ft. Piortiz)



La muchedumbre, al abandonar la Plaza de Toros, después de escuchar el discurso del señor Lerroux.—(Fot. Piortiz)



Imponente aspecto que ofrecía la Plaza de Toros Monumental, durante la celebración del acto. — (Fot. Vidal)



Grupo de bellas muchachas que asistieron al acto del domingo. — (Fot. Piortiz)

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE SAGUNTO AL 14 DE ABRIL

IX

«Hasta el último soldado y la última peseta»...



El general español Joaquín Vara del Rey, héroe máximo de la guerra con los Estados Unidos

LA frase no puede ser más flamenca. Está pidiendo el "¡olé tu madre!" de las españoladas. Sin tener una gran imaginación, uno se figura que fué pronunciada tras de abrir una navaja albaceteña, de aquellas de muchos muelles que usaban los mozos "cruos" de los primeros sainetes de Carlos Arni-

ches y de los últimos días del matonismo vernáculo.

Difícil se hace el creer que esta balandonada la espetara don Antonio Cánovas del Castillo. Y, en efecto, hasta la última peseta y el último soldado gastó España en la guerra con los Estados Unidos. Don Antonio se salió con la suya.

La frase, afortunadísima en aquellos días de exaltación patriótica, la recogió el señor Sagasta, si bien quitándole bastante de la virulencia que la información. Los dirigentes políticos de la Nación, exceptuando tres o cuatro, cuyos nombres fueron vilipendiados, se dedicaron a llenar el margen de los españoles con la gesta de pretéritas hazañas llevadas a cabo por nuestros ancestros, exaltado el amor patrio de las masas y arrastrándolas a la aceptación de una guerra que tenía que ser forzosamente desastrosa para España.

Pero la frase de don Antonio Cánovas fué captando

adeptos y cuando los pocos españoles sensatos que quedaban sin contaminarse quisieron reaccionar, diciéndole la verdad al pueblo y exponiéndole, con estadísticas e informes, la capacidad bélica de los Estados Unidos, el pueblo se revolvió contra ellos llamándoles traidores.

Entonces surgió otra frase, cuando ya las cosas no tenían remedio y cuando ya los "yankees" nos habían dado el famoso puntapié, conocido en la Historia con el nombre de Tratado de París.

La frase la pronunció aquel gran español, misántropo y hurraño, infantil y terco, que en Graus se atrincheró defendiéndose de la incomprensión de los españoles: Joaquín Costa.

El apóstol se levantó sobre el gregarismo del pensamiento hispano y dijo: "¡Doble cerradura a la sepultura del Cid!"

Y como España es un país de frases—véase sino lo de jabalíes y tenores la suerte que ha tenido—en la que na-

die se toma la molestia de discutir por cuenta propia, ya que la repetición de una frase hecha famosa sule a los etc., etc. tan abundosos en nuestro conversar, durante varios años toda la capacidad intelectual de España se redujo a repetir de una parte: "hasta el último soldado y la última peseta"; y de la otra: "Hay que echar doble cerradura a la sepultura del Cid"

Y así hubiéramos continuado por los siglos de los siglos de no surgir la generación del 98.

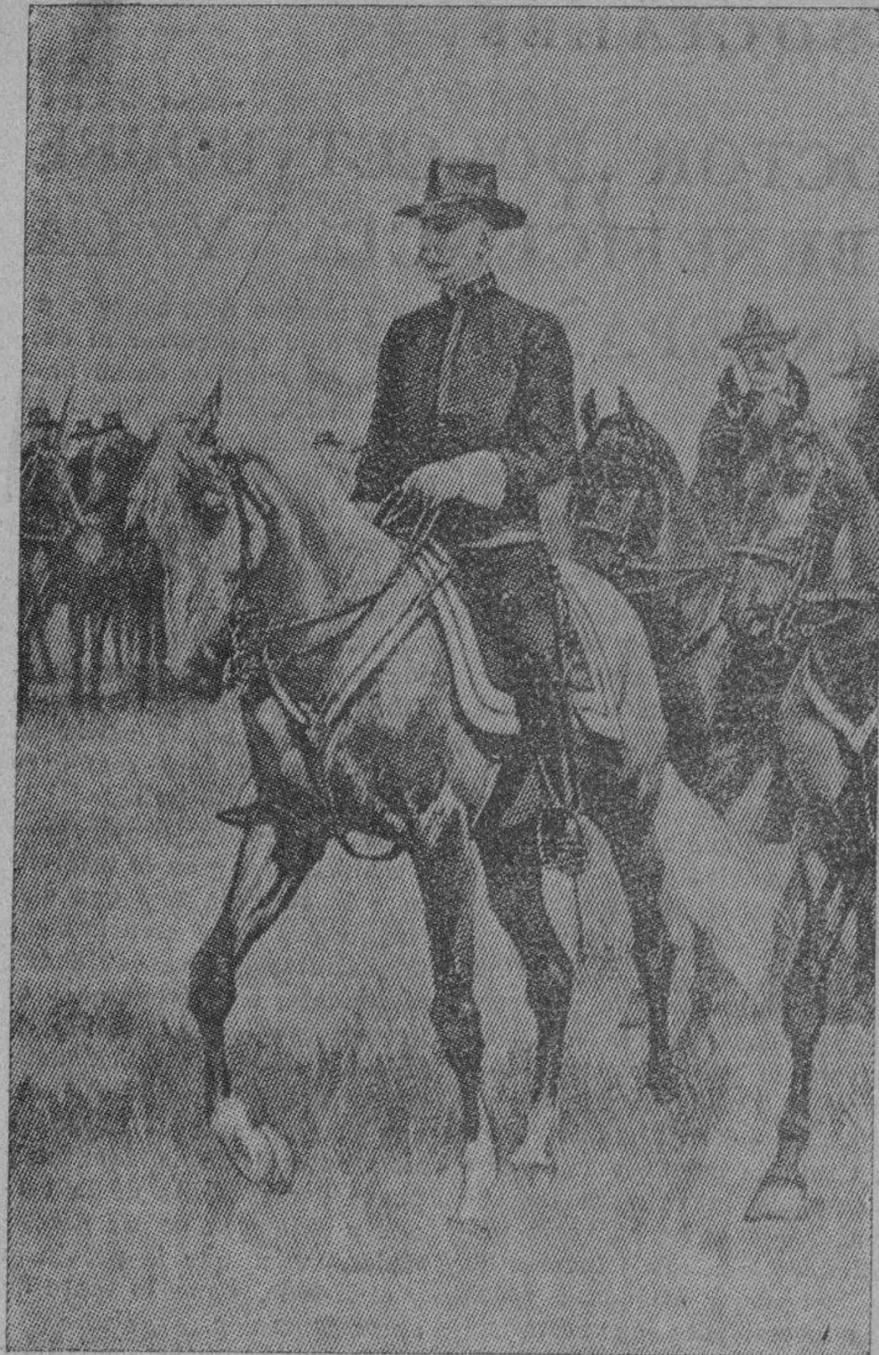
Pero vino ésta y empezó a derrocar tradiciones, a echar abajo ídolos, a derrumbar prejuicios, a sofocar el régimen, impertérrito ante el desastre colonial como lo estuviera ante otras desgracias que agobiaron a España en épocas distintas y, tras de perder Cuba, Filipinas, la Hacienda pública, toda o la mayor parte de la juventud y los cuatro barquichuelos que mandamos a Cavite y Santiago de Cuba, España continuó su viaje hacia su destino con el cuerpo de la monarquía puesto sobre la borda, dispuesta a arrojarlo al mar de lo pasado en cuanto se le presentara la ocasión.

Después del desastre colonial, las figuras que han de renovar a España, que ya han apuntado, por cierto, algunos años antes, se acusan. Las líneas de sus ideales van concretándose en aspiraciones.

Blasco Ibáñez empieza a hacer novela política, y política revolucionaria. Lerroux impreca en mítines y desde los periódicos a los acomodaticios gobernantes españoles. Don Miguel de Unamuno cumple con su magisterio educando a la juventud y libertándola. Rodrigo Soriano repudia a su casta aristócrata y se une al pueblo. Don Francisco Giner de los Ríos, con santa abnegación, desasna poco a poco a España. Pío Baroja crea unos extraños tipos de revolucionarios, que inducen a los lectores del novelista a imitarlos. Benavente, con fina y mordaz sátira, fustiga en el teatro a los conformistas. Azorín, en pleno campo ácrata, se mues-



La firma del protocolo antes de empezar las conversaciones del Tratado de París



El jefe de los ejércitos americanos general Nelson A. Miles

tra disolvente y atrabiliario. Nakens, con su gotita de agua anticlerical, va minando el edificio de la Iglesia. Don Nicolás Salmerón agrupa a su lado a todos los republicanos descarriados y...

España renace. La revolución que se inicia quiere trástocarlo todo. Desentumecer a la Nación. Sacudirla hasta hacerla poner en pie. Fustigarla hasta hacerla sangrar. Tirar de ella hasta erguirla. Tonificarla hasta hacerla potente. Insuflarla una nueva alma. Desperezarla. España renace.

Pero la rutina gubernamental sigue la senda trillada. Tan derecha va por el caminito de lo manido, que ni

siquiera el empujón de la generación del 98 la decanta.

Sagasta, después del desastre y ante la demanda de explicaciones que se le pedían en el Congreso, justificó la guerra con los Estados Unidos diciendo: "Fuimos a la guerra porque teníamos que salvar el honor".

Y lo que empezó con una frase, terminó con otra. ¡Oh, qué encanto de política esta de los monárquicos! En ella todo se reducía, como el lector habrá podido deducir, a hacer frases. Menos mal que, cuando ésta se pronunció, sólo le faltaban a España treinta y dos años para dejar de ser monarquía.

Amadeo de IAFUENTE

Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio

PERFIL HUMORISTICO DEL DIA

Porqué se quiere el divorcio

HE aquí un asunto bizantino. Decimos bizantino, no porque tenga arranque y entronco en la vieja Eizancio, sino porque es una cuestión tan antigua como ese arte.

Se quiere el divorcio porque es libertad que desunice el yugo que unce a la destartada carreta del matrimonio; porque desliga el vínculo que el sofisma religioso pretende que es sagrado; porque hastía a los que se unieron por toda su existencia; porque daña a la grey matrimonial cuando ambos cónyuges se conocen, plenamente, por fuera y por dentro; porque disocia lo que está asociado por conveniencia o pasión sexual lograda; porque retiene esclavo al que siéndolo ansia ser liberto; porque es una de las mentiras convencionales de que nos habla Max Nordau; porque repugna aspirar siempre los mismos hedores del tálamo conyugal; porque moraliza las costumbres sociales que relaja el adulterio; porque evita que sienta el cónyuge inocente el sentimiento del honor que escarnece el adulterio; porque no se cuelgue, en la testa del Minotauro, el fruto ilegítimo de un amor fraudulento; porque un retoño humano no dé el nombre de padre al que no tuvo arte ni parte en su creación; porque la histérica, casquivana o caprichosa, no ofenda impunemente, con actos o acciones, que obliguen al marido ofendido a ser actor de una tragedia o de un sainete grotesco; porque los atributos de Minotauro que las Cleopatras, las Frinés o las Safos colocan con destreza sobre la abrumada frente de los minotaurizados, no sean perennes, de por vida; porque los mansos de corazón puedan evitar que las "bienaventuranzas" les lleven a la plaza pública de ridículo y del escarnio social; porque la hetaira tenga libertad de movimiento y pueda zambullirse libremente en lupanares piscinas; porque el sátiro o el mercader no pueda retener, por fuerza, a la incauta ninfa que sorprendiera en su acechanza; porque la vida se toma demasiado en serio y hay que ser humoristas; porque debe irse contra los poetas del epitalamio, a fin de que surja el epigrama; porque los novelistas no escriban páginas hiperbólicas y horribas y aprendan a tener exacta visión de la naturaleza de los seres bimanos; porque los pintores no llenen las pinacotecas con retratos de Magdalenas arrepentidas; porque los filósofos no concreten su saber y observación y afirmen que la mujer de nuestro tiempo es un animal de cabellos cortos y de intenciones largas y ladinás; porque Arlequín no pueda temer ser vencido por Colombine; porque los "viudos", por la acción del divorcio, puedan hacer de nuevo la simpleza de casarse; porque al letrado y al procurador les convienen pleitos de enredo; porque los magistrados tengan interés en ser ponentes y oyentes en las causas a que aludimos; porque los legisladores tengan una razón más para divorciarse del pueblo, y, muy especialmente, porque la mujer, esa tierna criatura, enemiga dulce del hombre, que se esconde pudorosa a nuestra mirada y que con infantil puerilidad muestra sus encantos cuando desea o halla utilidad, pueda ejercitar, por razón de la ley, su derecho, y ser libre como nosotros, mariposeando de flor en flor y gustando cuantas veces quiera del árbol del Bien y del Mal, sin trabas que la coarten ni murmuración que atente a su pundonor y la

¡El divorcio! ¡He aquí la ley más humana e interesante cohiba.

que ha sabido crear el Derecho positivo moderno! ¡Viva el divorcio, célibes y casados! ¡Abajo la monogamia!

Ricardo GARCIA PRIETO

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9. 2.º. 2.º — BARCELONA

PROBLEMAS SOCIALES

LO QUE NOS DICE EL DOCTOR DOLCET SOBRE EL PROBLEMA DE LA BENEFICENCIA Y LA MENDICIDAD EN ESPAÑA.



DOCTOR DOLCET

El doctor Dolcet, es, indudablemente, uno de los diputados más destacados de los que Cataluña ha enviado al Parlamento. Su talento, su carrera y su historia, son una buena prueba de ello. Sabíamos que está preparando otra interpelación sobre el interesante problema de la Beneficencia.

Una tarde de esas, poco parlamentarias, le hemos ido a molestar. He aquí, lo que ha contestado a nuestras preguntas:

QUE opina usted de la organización de la Beneficencia en España?

—La beneficencia, en general, y particularmente, la beneficencia pública y privada, con sus engranejes y sus trabas inútiles y excesivas, no llena el humanitario y admirable fin a que se halla destinada.

Las cantidades que el Estado, las provincias y los Municipios, consignan en sus presupuestos con destino a los Establecimientos de Beneficencia han servido más de una vez ciertos servicios benéficos y a la rapacidad de los funcionarios encargados del gobierno inspección, y régimen de las casas de caridad.

Hoy se atribuye al Estado como función propia, la Beneficencia pública y presta condiciones de derecho a la particular, pero una y otra, demandan más o menos directa-

mente del Ministerio de la Gobernación

A través de los tiempos se han dictado una serie de leyes, reglas y disposiciones, unas dejadas sin efecto, otras modificadas y otras más o menos nuevas en las que en sus reglamentos, no se establece un claro deslinde en lo concerniente a las atribuciones del Gobierno, sobre la beneficencia pública y particular, de manera que deja mucho que desear la claridad y precisión en materia legal sobre Beneficencia, y urgen sistematizar en una sola ley toda la legislación vigente.

—¿Qué organismo cree usted que debe ejercer la Beneficencia?

—Esta rama especial de la Administración pública que tiene por objeto socorrer a los desvalidos, como virtud y obra social, debe ser ejercida por la sociedad, jamás por el Estado.

Organizada convenientemente la beneficencia para socorrer a los menesterosos debe el Estado limitar su acción a prestar a las instituciones sociales y privadas constituidas y que se constituyan, las condiciones de derecho necesarias e indispensables para el más cabal desarrollo de estos órganos de la caridad, sin trabas inútiles y centralizadoras.

Que no fué la caridad misión nacional del Estado, ni lo fué tampoco en la historia, hasta que las tendencias absorbentes de la monarquía absoluta y centralizadoras de la administración, de la monarquía constitucional, anulaban la brillante vida que en España tuvo la beneficencia particular, apoderándose el Estado, de los cuantiosos bienes de que disponía y tomando sobre sí la obligación de subvenir a las necesidades de las clases indigentes. ¿Cómo ha cumplido esta obligación? Lo dice más de un siglo de práctica.

—¿Qué clase de beneficencia cree usted que tiene más ventajas, la privada o la pública?

—Las ventajas de la beneficencia privada sobre la pública, son evidentes. Esta carece del carácter moralizador, del

espíritu que informa a la primera. La administración de la beneficencia pública, además de fría, es muy costosa y con frecuencia se utiliza para fines políticos, según por desgracia ha enseñado la realidad. Esto no quiere decir que la beneficencia pública deba proscribirse, antes al contrario, debe existir al lado de la privada, organizándose y ejerciéndose ambas, según determinadas condiciones que a mi juicio son muy convenientes.

La beneficencia debe tener a la vez carácter privado y público. La misión de ésta, ha de ser estimular a la primera, facilitando las obras benéficas y velando por éstas no incautarse el Estado de sus bienes como ha hecho algunas veces, a título de patrón y suplir los vacíos de la primera de tal modo, que la beneficencia pública, esté en razón inversa de la privada y atienda a todas las necesidades que ésta no alcance a remediar. Por otro lado conviene que la beneficencia privada, extienda su acción así, donde no llegue la pública y viceversa.

Otra de las ventajas de la beneficencia privada sobre la pública, dimana, del hecho de que no basta dar, sino que es preciso saber dar y de que el socorro material debe ir acompañado del socorro moral, circunstancias más eficaces para hacer desaparecer las causas de indigencia o a lo menos, aminorar sus efectos. Esas circunstancias, sólo pueden atenderlas las sociedades de beneficencia por medio de sus miembros, repartiendo equitativamente el dinero o distribuyendo el socorro en especie y dando trabajo a los indigentes. Por otra parte siendo la beneficencia un deber social y fraternal, en esto estriba precisamente la superioridad de la beneficencia privada sobre la pública.

—¿Qué organización cree usted más acertada dará la beneficencia en general?

—La respuesta a esta pregunta es bastante difícil, por la extensión que debería tener, pues debe de tenerse en cuenta, que las instituciones de beneficencia son numerosísi-

mas y aunque destinadas a un mismo objeto, socorrer al desvalido, los caminos de su finalidad son distintos según se trate de instituciones de previsión, de asistencia propiamente dicha o instituciones de represión destinadas a impedir la indigencia criminal.

Por otro lado también ha de ser distinta la organización según se trate de la beneficencia pública o privada. En cuanto a la primera ha de variar su forma organizadora según se trate de establecimientos públicos, generales, provinciales y municipales, y en lo referente a la segunda hay que distinguir dos cosas esencialmente distintas que se confunden fácilmente, el patronazgo y el protectorado.

La asistencia pública debe ser principalmente local, porque el Municipio es la extensión natural de la familia y puede darse cuenta de la verdad y extensión de las necesidades, mejor que la provincia y el Estado, y por lo tanto de su organización.

El Estado debe contribuir solamente con subvenciones proporcionadas a los servicios locales en la regiones no autónomas, ejerciendo una inspección seria pero sin trabas inútiles y excesivas.

La provincia ejercerá la beneficencia a título subsidiario en aquellos Establecimientos de Beneficencia provincial y en los pueblos que no tengan población ni recursos abundantes, pero sin privar a éstos de su función benéfica y con el fin de organizar de una manera mejor y más completa, los servicios que estén desatendidos.

—¿Qué opina usted sobre la mendicidad?

—Es un espectáculo bochornoso encontrar por las calles más céntricas de Madrid, Barcelona y de otras importantes ciudades españolas, ese enjambre de pedigüños que tienden sus manos en la entrada de los teatros, al pie de las escaleras de las iglesias, frente a los veladores de los cafés... manos que se nos alargan continuamente, en ademán suplicante. Es lamentable y digno de atención la forma en que viven esos seres de miserable condición social, no sólo durante el día, faltos de ali-

LA ADOLESCENCIA EN RUSIA

Las modas literarias más recientes imponen los nombres de la nueva literatura rusa. Los escritores post-revolucionarios han esquivado hábilmente la abrumadora tradición novelística—de Gogol a Dostoywsky—imperante en Rusia y han dado a su obra un giro nuevo, vivo, de gran interés documental.

Nos asomamos al panorama literario de la Rusia soviética como a un montón de escombros. Al momento se echa de ver que ninguno de los nuevos valores se resiente de la caída. Por el contrario, aparecen con una renovada mocedad.

Un ímpetu juvenil, optimista, ávido de combate, se transparenta en las nuevas obras de los súbditos de la U. R. S. S. Esto puede hallarse en los literatos—Gladkov, Fediu, Babel, Ivanov...—y con mayor fuerza expresiva en los cineastas—Eisenstein, Pudovkiu, Dziga-Vertof...—que son como el brazo derecho de la espiritualidad soviética.

Todas estas figuras han vivido la Revolución. Tienen la fuerza de la lucha aun prendida en la carne. Pero ocurre preguntar ¿y los otros? ¿Y los que han llegado después? Los que la Revolución sorprendió en su primera infancia son un objeto de interesante estudio. La Revolución fué para ellos un régimen—paradójicamente—de normalidad. ¿Cómo actuó este régimen sobre sus cerebros? ¿Cómo reaccionaron sus

espíritus ante la vida recién nacida?

Podríamos acudir a la información oficial. A una exploración de lo que la Instrucción Pública supone para la U. R. S. S. Pero preferimos una información literaria—más viva, por tanto—cuyos posibles errores son perdonables en gracia a una vibrante humanidad.

* * *

Esta información nos llegó por dos distintos senderos. Por dos libros. Uno «Schkid, la república de los vagabundos», es obra de Relyk, y otro «El diario de Kostra Riabtejr», original de Ognier.

El problema de los niños abandonados fué uno de los que con mayor urgencia precisó la intervención de la autoridad—todavía vacilante—de la Revolución vencedora. Mientras los padres de esos niños luchaban o morían, ellos vagaron sin control alguno, abandonados a su incierta suerte. «Miles de niños—escribe Belyk—rodando por un caos de pillaje y desamparo, al margen de la familia y de la sociedad, mendigando, robando, a dos dedos del crimen, cuando no de lleno dentro de él». Luego sobrevino el hambre, la miseria, la degradación. Y enérgicamente, a cortar aquella fatídica avalancha, acudió el poder revolucionario.

Fueron habilitados, con la urgencia que el caso reclamaba, locales abandonados. Re-

unióse a toda prisa, un profesorado entusiasta. La vida de estos flamantes centros educativos está reflejada en los dos libros de que estamos hablando.

«Schkid, La república de los vagabundos» tiene un pintoresco interés. Es un continuado desfile de las diabluras, algaradas y revueltas que el indisciplinado cuerpo estudiantil, reclutado en el arroyo, realiza en la escuela. Y de como—muy despaciosamente, virtuosamente—un soplo de fraternidad, de espíritu de clase y de amor al trabajo va introduciéndose en el ambiente escolar.

La novela es una continuada sucesión de anécdotas, que dan motivos a la delineación de una serie de personajes—profesores y alumnos—de marcada intención caricaturesca.

Mayor interés—en todos sentidos—tiene el «Diario de Kostia». Es más rico—por ser más concentrado—psicológica y documentalmente. Es el gráfico vivo de un espíritu de adolescente cuyas reacciones nos interesan profundamente, por cuanto son producidas por medidas pedagógicas radicalmente opuestas a las nuestras.

Para tener una idea de esta contraposición bastaría oponer a este «Diario», «Corazón» aquel dietario de colegial que escribió el buen Edmundo de Amicis para emocionar a muchas generaciones de sentimentales.

A Kostia se le presenta como «el nuevo tipo de niño que desde su vida escolar fué acostumbrado a estudiar la vida real, a indagar por sí solo aun en los mismos problemas del sexo—equivocándose, fracasando—y está más pertrechado contra un choque futuro. Tiene ante sí dos soluciones: una rápida ruina o el logro de una invencible robustez moral».

Al postularse este criterio pedagógico no pueden dejarse de mencionar las dos partes del arriesgado dualismo a que está sometido el adolescente. Reconociendo por otra parte la viabilidad pedagógica de una educación directa y sin eufemismos cuyas consecuencias han nutrido muchas lamentaciones.

Lo que se advierte en primera línea—para terminar estas notas sumarias—es la presencia insistente, obresionante, de la política entre la masa escolar rusa.

Los colegiales se dividen en grupos, nombran comisarios, lanzan proclamas, usan terminologías revolucionarias sienten el odio a la burguesía y a la autoridad, escriben panfletos circulantes, se agitan y se rebelan.

No hay que decir, como esta obsesión política de la adolescencia es encauzada y exacerbada—hacia sus fines—por el poder soviético, máximo controlador.

Arturo P. FORISCOT

mentación e indumentaria suficiente para cubrir sus cuerpos, particularmente en invierno; sino durante las noches frías y lluviosas en las que duermen en los quicios de las puertas, tendidos en las aceras de los sitios infrecuentados, debajo de los bancos de los paseos, al pie de los monumentos, con sus cuerpos encogidos y sus rostros amoratados por el frío. Algunas veces los retiran de la vía pública y los conducen a los establecimientos benéficos donde ingresan casi muertos o ya cadáveres.

No todos esos seres son náufragos de la vida, son acreadores a una misma compasión, pues muchos son mendigos profesionales o vagos incurables, y otros, mendigos circunstanciales, impelidos por la necesidad del momento. Estos necesitan apoyo moral y material y son dignos de ayuda. En cambio, los otros, han de ser objeto de ciertos cuidados y

determinadas correcciones según los casos.

Hay otra clase de pobres que imploran la caridad de los transeúntes, dignos también de lástima, me refiero a los inválidos, por estar privados de la vista o por faltarles los brazos o las piernas a consecuencia de enfermedades anteriores o por causa de accidente. Estos desgraciados, también deberían ser recogidos e instalados en Asilos apropiados, donde hoy es posible en muchos casos, el convertir a seres inútiles, al parecer, en útiles, instruyéndoles y educándoles para determinados trabajos.

En lo que hace referencia a los incapaces para ganarse la vida a consecuencia de accidentes del trabajo, incapacidades totales permanentes, debería modificarse la ley de accidentes, ya que no es justo que los obreros que se encuentren en este caso sólo perciban una

indemnización correspondiente a dos años de jornal, sino que deberían percibir una pensión vitalicia. Desde luego, en aquellos casos de imposibilidad absoluta para toda clase de trabajo, como por ejemplo, los ciegos.

Contrastan estos hechos con lo que ocurre en algunas ciudades europeas y americanas, en donde no se ve un pobre en parte alguna. La mendicidad está prohibida y los pequeños Estados republicanos y las autoridades municipales atienden y facilitan medios a todos los necesitados, persiguiendo y castigando la mendicidad criminal, visitando las casas de dormir, proporcionando albergue, para pasar la noche, donde existe una higiene ejemplar. En una palabra: son objeto de especiales y extremados cuidados, la invalidez y la mendicidad. En lo que se refiere a invalidez, tiene Zurich un cuartel de inválidos más

glorioso que el soberbio donde reposan las cenizas de Napoleón, que es el cuartel de inválidos del trabajo.

Todos estos milagros que se observan en Suiza con referencia a la protección a los devallido, los hace la república municipal.

Los organismos oficiales es lógico que sean los que por imperativo del deber, por impulso de la conciencia, auxilien de manera eficaz a los desgraciados y libren a los pueblos y a las capitales del espectáculo tan poco edificante, de ver por las calles toda esa legión de seres de misérrima condición social, implorando la caridad de los transeúntes...

No queremos molestar más al ilustre médico. Su charla, interesantísima, ha tocado a su fin. Nos despedimos...

El, desde su butacón del Congreso, aun nos saluda.

J. M.^a de la PEÑA Y RUIZ
Madrid febrero del 32

FICCION Y REALIDAD

TITTA RUFFO Y SUS FANTASMAS

EL artista me va mostrando uno por uno todos los recuerdos familiares que hay distribuidos por la estancia y asimismo luego me hace que vea con los ojos del alma los que viven en su imaginación.

Titta Ruffo está lleno de fantasmas, fantasmas que se alimentan de recuerdos y viven a todas horas en él. En la soledad de esta habitación, habitación de hotel suntuoso que abre su balcón a la calle de Cortes, parece que el hombre genial vive un mundo aparte, su mundo, ese mundo cuyos habitantes son sólo sombras forjadas en la imaginación y que en otro tiempo tuvieron humanas apariciones.

Hundido en un butacón, cara a los cristales, la mano en el mentón y con las piernas cruzadas, Titta Ruffo se abstrae con sus pensamientos y parece hablar consigo mismo. Debe serle grata la presencia del reportero, por cuanto le va diciendo cosas que jamás—me atrevería a asegurarlo—se las reveló a nadie. En su cara de indio rubendariano, los años han hecho arrugas, unas arrugas triangulares que se acusan más fuertemente bajo el arco de las cejas grandes y desiguales.

Sigue habla que te habla. En mí se han adentrado tantas cosas interesantes que sólo con darlas forma podría hacer un libro. Pero yo no aspiro a biografíar su vida artística, no quiero saber nada del Titta Ruffo que durante muchos años fué el ídolo del mundo entero; trato más bien de conocer al hombre, descubrir sus sentimientos y manera de pensar. Quiero, en fin, saber cómo discurre, lo que opina de la República española y de la política de su país. Pero cuando se lo digo parece enfadarse—su enfado equivale a una sonrisa escéptica que se clava en su boca—, no obstante mirarme serenamente, y me replica:

—No puedo. Soy el único italiano que carece de libertad dentro y fuera de su país. Si yo le dijera cómo fué asesinado mi pobre cuñado Mateotti, con seguridad que me

encarcelarían o sería desterrado.

—¿Es cierto que Mateotti era comunista?

—Más bien un apóstol del socialismo que pregonaba sus doctrinas en bien de la humanidad. Era todo un hombre. Pero no, no. Mateotti, por encima de todo, era un idealista.

—¿Cómo ve el panorama político de su país?

—Con los ojos cerrados y la sangre hirviendo. Pero ya le he dicho antes que no me atrevo a opinar, que no puedo decir nada de nada y menos de la situación política actual de mi país. Puedo decirle, eso sí, que soy antifascista y participo de las mismas ideas que aquellos que odian al dictador que tiene esclavizada a Italia.

Callamos. En sus ojos parece prenderse una luz extraña. Al cabo de un instante la misma luz se torna roja. Hemos reanudado el diálogo. Al hablar de la civilización de la humanidad, de su progreso evolutivo y su mecánica moderna, Titta Ruffo me dice:

—Admiro los adelantos de la ciencia moderna y todo cuanto se haga por transformar al mundo. Pero si pudiera, yo lo destruiría de un solo golpe.

—¿Porqué?

—Porque el hombre, a medida que transcurren los años, se va haciendo más inútil, más inculto y despreciable.

El hombre, con el tiempo, se convertirá en una máquina. Yo prefiero el salvajismo plácido de cualquier país tropical que el dinamismo y la prisa de este siglo XX. La ciencia, por muy grande que sea, sólo servirá para la verdadera destrucción del mundo. Será muy hermoso viajar en aeroplano, presenciar como se rompen las narices dos hombres en el ring, dar patadas a un balón, etc., etc.; pero la tranquilidad, el romanticismo y la poesía de mi tiempo no la cambiaría por todos los progresos y evoluciones más sorprendentes del Universo.

—¿Qué concepto le merece la sociedad?

—No me disgusta, puesto que soy y debo ser sociable.

—¿Sinceramente?

—Sí.

—No lo creo, porque anteriormente me habló de la destrucción del mundo y de su gran amor a la soledad.

—Verdad. Se fija usted bien en lo que hablo. La soledad para mí es un gran estimulante, es algo así como el mundo que pueblan mis fantasmas. Con ellos vivo donde quiera que estoy y con ellos, asimismo, paseo por todas partes.

—¿Su residencia oficial la tiene en Roma?

—En Roma. Allí tengo a mi señora y a mis dos hijos; pero yo gusto más de vivir en París, donde tengo buenas y numerosas amistades. En la

ciudad del Sena me rozo con toda clase de artistas, sueño mi vida—el destino de mi muerte—y paseo las añoranzas de todo lo que fué bello para mí y hoy es ridículo para la mayor parte de la humanidad. Y siempre solo, sin un amigo y sin una persona de confianza en mi vagar por el mundo... Cuando quiero evoco a mis fantasmas y me distraigo con ellos. Paseo del brazo de Edgar Poe. Me lo imagino con su melena de rey de oros, su chaquetón ribeteado de trencilla y sus pantalones a cuadros. "¡Qué gran hombre fué Poe!", me digo. "¡Hermosa época la suya!" Luego con Víctor Hugo me asaltan otros pensamientos—distintos por la diferencia de los años—y macullo los mismos elogios, idénticas reflexiones.

—¿Y el amor?...

—¡Oh, el amor! Para mí el amor ha sido siempre la gran tragedia de mi vida. Desde niño me acostumbré a ver en la mujer el único peligro de mi vida artística. Si he llegado a ser lo que soy, ha sido precisamente porque supe a tiempo aplacar el volcán de mi naturaleza. Mi instinto sensual de hombre se tranquilizó mirando al suelo cuando más grave parecía el peligro. He soñado mucho, sueño y seguiré soñando; pero la mujer que imaginé en mis sueños de artista aún no la he encontrado.

—¿Sueños de poeta?

—No. Sueños de hombre que alberga toda inteligencia superior. Además, el artista se forma de sueños, de mentiras e ilusiones. Vive su mundo entre la realidad y la fantasía. Humo, materia y cenizas. Todo es mentira, todo menos lo que se ha vivido. Después, cuando se es ya viejo y continúa uno amando lo que se vivió por afuera, se ha de recurrir a los fantasmas del recuerdo, esas adorables sombras que tuvieron en otro tiempo corporeidad, que vivieron a mi lado con la fuerza de la juventud y son los únicos amigos, los verdaderos animadores de mi gran soledad...

Manuel P. de Somacarrera

Es una vergüenza lo que sucede con la mitad de los diputados que constituyen la Cámara. Cobran las mil pesetas de dietas al mes y apenas ponen los pies en el Congreso para otra función que para percibir ese regalo que les hace España.

Pérez Madrigal ha propuesto, con razón sobrada, que se descuente la parte proporcional de dietas por cada falta que hagan los que abandonan sus deberes.

Hay bastantes diputados que desde que funciona la Cámara han asistido a ocho o diez sesiones en los siete meses de ejercicio del cargo. Es decir, que llevan "chupadas" ocho mil pesetillas sin razón ninguna.

Sencillamente intolerable. ¿Porqué en vez de mil pesetas al mes no se abonan cincuenta por cada sesión a la que asista el diputado, siempre que esté presente a la aprobación del acta?

Sería lo justo, lo honrado y lo equitativo. El procedimiento actual es, precisamente, todo lo contrario en esos tres aspectos.

Notas diversas

La Junta directiva de la Asociación de la Prensa», de Madrid, presidida por el Sr. Lerroux, rodeando a D. José Sánchez Guerra, después de entregar a éste, en su domicilio, el Premio Periodístico a la Vejez, establecido por dicha entidad. - (Fot. Piortiz)



Desfile, organizado por la «American Legión», en París, ante la estatua de Washington, con motivo de su segundo centenario. — (Fot. Consorcio)



«Miss Dinamarca», la bellísima señorita danesa elegida en Niza «Miss Europa», a su llegada a París, días pasados.—(Fot. S. G. P.)

RUSIA, EL JAPÓN Y LA LIGA DE LAS NACIONES

EL Oriente entero parece una gran mina pronta a estallar. En Manchuria truenan cañones, los chinos y los japoneses se entrematan—"ad majorem gloriam" de la Conferencia del Desarme celebrada en Ginebra.

También en Rusia brota el fuego. La Prensa soviética publica a diario artículos amenazadores y declara que la República socialista sabrá llamar al orden a sus enemigos. Stalin y su íntimo colaborador Molotov (presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo) no omiten ocasión alguna para blandir las armas y mostrar el famoso "puño acorazado" a los imperialistas japoneses y a todos los que consideran como cómplices del Japón.

Pero el gobierno de Tokio se burla de todas las amenazas, así como de las protestas platónicas de la Liga de las Naciones. Mientras sus soldados matan en Manchuria a los chinos amontonan ruinas y se dedican al pillaje, sus diplomáticos pronuncian en Ginebra discursos pacíficos. ¡La repartición del trabajo!

El Mikado y sus ministros saben que nada tienen que temer por parte de la Liga de Naciones. Saben que las grandes potencias que en ella mandan no se opondrán a sus planes imperialistas respecto a Manchuria—porque estas potencias simpatizan con dichos proyectos.

¿Porqué?

Primero, porque Inglaterra, los Estados Unidos y Francia tienen en el Extremo Oriente intereses económicos y políticos y prefieren mantener relaciones de amistad con el Japón, que desempeña un papel importante en las orillas del Pacífico. No sólo nada tienen contra la anexión de la Manchuria por los japoneses, sino lo hubieran acogido con mucha satisfacción: temen la penetración de los bolcheviques, vía Manchuria, en el vasto Imperio Celeste.

En efecto. Basta echar una mirada sobre el mapa del Extremo Oriente. Manchuria se halla en la frontera rusa. Es, por decirlo así, la antecámara de China. No en vano se esfuerzan los rusos en poner allí un pie firme; no en balde

Un baluarte contra el peligro rojo.—Los que siembran vientos

defienden con tanto ardor la línea férrea en esta provincia (la famosa "línea chino-oriental").

Decepcionados en su empeño de propalar el evangelio rojo en el Occidente, que les presta una resistencia furiosa, los bolcheviques procuran tomar desquite en el Oriente. China les parece muy propicia para su propaganda: está en plena disgregación, y allí se puede pescar en aguas revueltas.

Ahora bien, al adueñarse de China, los bolcheviques tendrán a su disposición nuevos medios, nuevas posibilidades, nuevas reservas humanas. Entonces podrán amenazar también a Europa. He aquí porqué las grandes potencias, que mandan en la Liga de Naciones, tienen pocas ganas de protestar contra la anexión de Manchuria por los japoneses: es para ellas cierta garantía contra el peligro rojo. Los propios chinos son demasiado débiles para prestar a los bolcheviques una resistencia eficaz, pero en las manos del Japón, Manchuria constituye una especie de baluarte contra el bolchevismo en el Extremo Oriente.

* * *

La política imperialista del Japón es un grave peligro para la paz del mundo. Temprano o tarde estallará un conflicto sangriento entre las dos grandes potencias del Oriente: entre el Japón y Rusia. Ya el Gobierno zarista había enviado, en 1904, tropas al Extremo Oriente para combatir a los japoneses. A la

sazón, los rusos sufrieron una derrota aplastante: el enano resultó más fuerte que el gigante.

Desde entonces no hay paz entre los dos rivales. Aún los bolcheviques quedan fieles a la tradición zarista y siguen con hostilidad los esfuerzos de propulsión de los japoneses. Estos últimos tienen una casa demasiado estrecha y necesitan nuevos territorios. Sobre todo sueñan con la anexión de la Manchuria y de una parte de la Siberia oriental, vecina a Manchuria.

El botín es muy tentador y los japoneses creen el momento favorable para inaugurar la campaña: nada tienen que temer por parte de los chinos, muy atrasados en lo que concierne a la preparación militar. En cuanto a Rusia, este adversario tampoco inspira miedo al Japón. Primero, los bolcheviques no se atreverán a declararle la guerra, porque no tienen en Siberia más que una línea férrea y porque esta base se halla a unos once mil kilómetros de Moscú. Los rusos no han olvidado todavía la lección de 1904. Por otro lado, los bolcheviques no están todavía preparados para una guerra moderna, no tienen cantidades suficientes de cañones, aeroplanos, tanques, gases, etc. Además, no les es posible echar sus tropas hacia el Oriente, descubriendo de este modo sus fronteras occidentales.

Los japoneses lo saben. Saben que los gobernantes rusos lo harán todo para evitar en

este momento un conflicto abierto. Y se dicen: "¡Ahora o nunca! ¡Dentro de unos años será tal vez tarde!"

Tienen razón: dentro de unos años pueden efectuarse grandes cambios en la política internacional y más aún en lo que se refiere al Extremo Oriente. Dentro de unos años Rusia ya estará armada hasta los dientes, porque allí se trabaja febrilmente en fábricas y talleres, porque a diario aumenta la cantidad disponible de armas y municiones, de aeroplanos y tanques, de explosivos y gases asfixiantes, porque la flota aérea rusa, hoy en día insignificante, podrá imponer respeto a los japoneses y desempeñará un papel decisivo en la guerra, si ésta estalla.

Los japoneses siembran el viento y pueden cosechar la tempestad. Su política imperialista reserva grandes peligros. Los bolcheviques también tomarán su desquite. Stalin y sus colaboradores pronuncian discursos que parecen advertencias elocuentes: "¡Ya llegará nuestra hora, señores japoneses!"

Pero los señores japoneses no hacen caso de las advertencias. Y la Liga de las Naciones no se atreve a llamarles enérgicamente al orden. El Mikado y sus ministros se burlan de todas las Conferencias de Desarme, y los discursos pacíficos pronunciados en Ginebra están acompañados de cañonazos y explosiones en el Extremo Oriente.

Esto se llama gran política...

N. TASSIN

Viena y febrero, 1932.

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en

calle de pueblo de

provincia de se suscribe por

a la calle.

Firma

Remítase este Boletín a la
Administración de LA CALLE,
Pl. Cataluña 9.—BARCELONA

EL AFAN DE LEER

ES NECESARIO DEMOCRATIZAR LAS POSIBILIDADES DE ADQUISICION DEL LIBRO

DIFERENTES veces, paseando por las barracas de libros de lance de Atarazanas, hemos podido aquilatar el hondo afán de leer que existe entre las masas del pueblo, afán insatisfecho por la enorme carestía del libro.

La idea de una Cooperativa popular para editar libros económicos, tan noblemente acariciada por el amigo Angel Pestaña y otros hombres de sentido creador de la C. N. T., no ha podido nunca ser una realidad, precisamente porque está muy poco arraigado el sentido creador en la organización obrera.

Sin embargo, es evidente el amor al libro. Es un hecho innegable que hay muchos obreros torturados por no poder adquirir los libros por su carestía.

Los que en el libro vemos el amigo mejor, hemos sentido la tragedia íntima, el dolor hondo de no poderlo devorar, de no estrecharlo entre nuestras manos porque en el dorso llevaba un «cinco» o un «seis» al que nuestras posibilidades económicas pueden llegar muy raras veces.

Existe una publicación económica en España, que da por treinta céntimos una obra completa de las que, en otras ediciones, cuestan cinco pesetas: «La Revista Literaria». Pero su defecto es este: ser una revista puramente literaria que no ofrece al lector ninguna de las palpaciones de nuestro tiempo.

Hace falta el verdadero libro del pueblo. Económico, sano, educador, instructivo. Propagar el libro bueno es un deber sublime, porque todo libro bueno encierra un mundo de emoción y de inquietud.

Hay que huír del libro malo, vacío, pretencioso, anodino, sin calor de humanidad y sin espiritualidad modeladora. Con-

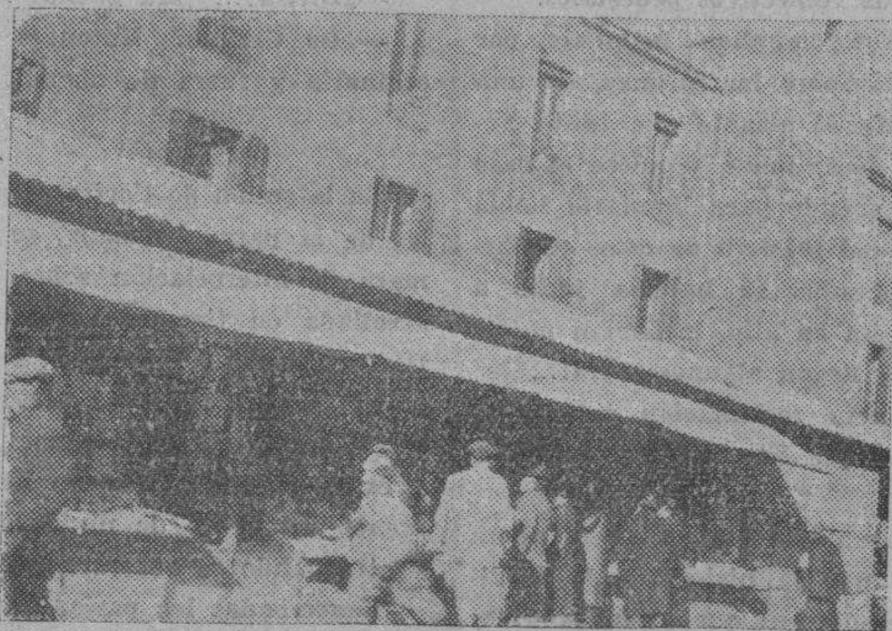


Las barracas del mercado de libros de Atarazanas, encantos de libros viejos, donde el pueblo acude con la esperanza de adquirir un libro económico

denar las novechucas prostibularias que tanto abundan en nuestra literatura, y relajan la dignidad y la moral del hombre, es un deber social. Son antisociales dos clases de libros: los pornográficos y los retró-

más nefandos tradicionalismos.

Otra cosa sería nuestro país si desde arriba, en vez de fomentar tácitamente el analfabetismo, a algún gobernante se hubiese interesado para satisfacer este afán de cultura del



En las librerías, el obrero estudioso sufre la tortura de tocar y hojear los libros caros, vistosos, atrayentes, que su peculio escaso no le permite adquirir

grados. Los primeros, envilecen. Los segundos corrompen a la sociedad exaltando los

pueblo español. Todos hubiéramos ganado con ello. Ciertas tragedias que lamentamos no

se producirían si nuestro país no fuese un plantel tan enorme de analfabetos y si la literatura sana, modeladora, la que refina la sensibilidad y nos hace, por tanto, cordiales y nobles, hubiera penetrado en el pueblo. Aún es tiempo de emprender la cruzada.

La literatura, cautivando el sentimiento, excitando las emociones más nobles del hombre, lo transforma, produce en él una revolución moral, la más difícil de las revoluciones, la más firme también, pese a los impacientes. La revolución moral, es lenta, costosa, pero fecunda. Hay quien no cree esto y piensa que una revolución material que diera al traste con la actual organización social llevaría consigo la milagrosa alquimia que transformaría la idiosincrasia de los seres.

A veces, estudiando a los hombres, he pensado en lo horroroso que sería ver a ciertos hombres, a destacados revolucionarios, ya abolido el poder político, ya expropiada la burguesía dar rienda a sus impulsos, a sus temperamentos ineducados, a sus pasiones incultas, que les haría insoportables a los demás. No; por el hecho de haber triunfado una revolución, no se transforma a los seres.

Hace falta estudiar, leer mucho. Fomentar el libro económico, asequible a todos los bolsillos para que puedan educarse las multitudes. Con un poco de cultura, que es educación moral y comprensión, pueden sostenerse los antagonismos más fundamentales, las pugnas más decididas, sin que descendan al terreno innoble de la acción esporádica y las ideas se conviertan, aun teniendo un fondo de bondad innegable, en una sombra odiosa que merezca la repulsa general.

RAMON MAGRE

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

EN EL MENTIDERO

LACIERVA, SIEMPRE IGUAL

LOS elementos más destacados del fallecido partido conservador no se resignan fácilmente a perder el mango político que tan "positivo" resultado les diera en tiempos de la también afortunadamente fallecida monarquía... Y a fin de formar un frente único, se reunieron días pasados en Biarritz, presididos por el regocijante hombre de los pantalones a cuadros y protector de "ojo de perro", don Juanito Lacierva.

El cacique murciano, erigido en jefe, expuso a sus admiradores y secuaces el programa y la línea de conducta a seguir, que no es otra que volver a los procedimientos políticos de los días de régimen borbónico, como intrigas, pucherazos, zancadillas y cuantos "nobles medios" emplearon.

Y, sobre todo, les indicó que le entregaran dinero para iniciar la campaña.

A lo que el señor Pérez Madrigal puso este comentario cuando se informó por la Prensa:

—Este Lacierva no podrá negar nunca quien es... ¡Siempre en Mula!

LOS REYES SIN CABEZA

En la sección que con el título "Lo que dice el vecino" viene publicando el nuevo diario madrileño de la noche "Luz", uno de estos espontáneos dirigió un ruego al alcalde pidiéndole que fueran reparadas algunas estatuas de los reyes que en uno de los paseos del parque del Retiro aparecen destrozadas, viéndose los cuerpos al pie de los pedestales y las cabezas rodando de un lado para otro.

El simpático corregidor, deseando complacer al vecino, dió las órdenes oportunas para que los "caídos" monarcas volvieran, como el Comendador, a sus respectivos pedestales.

Pero sin duda la orden no fué cumplida fielmente, por cuanto el vecino madrileño volvió sobre las mismas, en una nueva súplica, haciéndole presente al alcalde que tanto Felipe III como Carlos II seguían decapitados, dándose el caso de que al desaguar el estanque grande para limpiarlo había aparecido en el fondo la cabeza del primero de estos monarcas, y en cuanto a la del segundo, se hallaba junto a un quiosco, donde los perros, patita en alto, le hacían objeto de sus predilecciones... ¡A lo que llegan algunos reyes!...

Y el alcalde, al leer esta nueva reclamación del vecino madrileño, dijo a los periodistas que hacen información en el Ayuntamiento:

—Estaba dispuesto a complacer a este vecino... Pero ahora he cambiado de parecer, respetando la historia y la tradición, ya que una y otra nos demuestran que ni un solo rey tuvo jamás la cabeza en su sitio.

FUERA DE ABONO

El diputado agrario—¿agrario? A cualquier cosa llaman chocolate las patronas.—señor Lamamie de Clairac se pasó tres semanas, día por día, aprendiéndose de carrerilla un discurso para asfixiar con los gases al ministro de Justicia cuando se planteara en la Cámara el debate por la disolución de los jesuitas.

Durante esas tres semanas estuvo ensayando ante el espejo de su cuarto de la fonda gestos, actitudes, subiendo un brazo, bajando el otro, inclinando la cabeza a este lado, entornando los párpados, etc.

Y cuando llegó el día en que se planteaba el debate, se encaminó a la Cámara con su discurso embotellado, ocupando su escaño una hora antes de la señalada para comenzar la sesión.

Pero he aquí que la mayoría, viendo que el debate iba a durar más que un pantalón de pana, acordó aplicarle la "guillotina" y el señor de Lamamie—parece este apellido el estribillo de un cuplé—puso el grito en el artesonado, viendo que había perdido el tiempo... Pensó colocarle el discurso al dueño de la fonda, pero desistió de ello previendo, y con razón, que pudiera subirle el precio de la pensión o cargárselo en cuenta en la primera factura.

Como no estaba dispuesto a que se le quedara embotellado, de acuerdo con unos amigos organizó para el pasado día 14, domingo de Piñata—¡todo el año es Carnaval!—, un mitin en el teatro de la Comedia.

Se abrieron las puertas, pero la gente no acudía. Entonces los organizadores se lanzaron a la calle, ofreciendo invitaciones a cuantos encontraban a su paso.

Uno de éstos, hijo de la tierra de María Santísima y aficionado al arte de Cuchares, entró en el café de Riego, donde sabía que a esas horas no faltan coletudos que acuden a tomar el "vermouth. Así fué. Se aproximó a un grupo, en el que llevaba la voz cantante un diestro con aspiraciones a fenómeno y le entregó un puñado de invitaciones, diciéndole:

—¡Ahí va, compáre; pa el ezpectáculo!

—¿Qué ezpectáculo es ese?—preguntó el coletudo examinando las invitaciones—. ¿De tronío?

—¡Controverzia, hôme!...

—¡Y qué divisa tié esto?

—¿Divisa?... ¡Mu güena: Lamamie de Clairac!

—¿De Clairac? Entonces no es controverzia. Es extraordinaria y fuera de abono!...

A PUNTO DE AHOGARSE

En la sesión de Cortes celebrada el día 17, o sea el miércoles de la pasada semana, se planteó nuevamente en la Cámara la interpelación sobre la política administrativa desarrollada en tiempos de la monarquía en la Confederación Hidrográfica del Ebro.

El escándalo que se armó fué épico. El señor Pérez Madrigal lanzó contra algunos radicales tremendas acusaciones y éstos le increparon con los más graves apóstrofes, y faltó menos del canto de un duro sevillano para que los de uno y otro bando se agarraran de las ondulaciones.

Exacerbadas las pasiones, una vez terminado el debate los diputados abandonaron sus escaños y salieron a los pasillos, formando animados corrillos que comentaban, en todos los tonos, las incidencias del escandaloso debate.

En uno de estos grupos, Pérez Madrigal dijo a los periodistas, entre otras cosas:

—En estos problemas de la Confederación, el señor Marraco se ha significado por su pasión contra la política depuradora del señor Albornoz, y yo entiendo que está incapacitado para tratar de tales problemas... Además, sepan ustedes que en esto del Ebro hay unos cuantos señores que desde que se proclamó la República están con el agna al cuello...

J. L. B.

COMO PAGABA EL EX REY A SUS SERVIDORES

SESENTA AÑOS DE ARMERO EN PALACIO Y LA

DON Agustín Peñuela fué el armero mayor y ballestero del ex rey zanquilar-go. Don Agustín Peñuela es un viejecito acabado al que la disnea pone en trance de muerte y que al final de sus días no ha caído en la más espantosa miseria por haberlo recogido un sobrino suyo. No obstante, el cuadro impresionante: sobre las baldosas, un colchón cuyas sábanas tienen un color indefinible, en ellas unos despojos, que un perdiguero devora golosamente.

Cerquita del lecho, una tarima con un braserillo que presta calor al anciano.

—¿Cómo ha sido eso, don Agustín?

—Ingratitudes de la vida. Un año antes de la proclamación de la República caí enfermo y, con muy buenos modos, me mandaron a casa a reponerme... Ya no volvieron a ocuparse de mi insignificante persona. Cuando me enderecé un poco acudí al Alcázar, no era cosa de perder la modestísima soldada, y allí se me recibió con saludos ceremoniosos y promesas de que pronto volvería a trabajar. Por casualidad tropecé con don Alfonso, éste al verme me dió un abrazo y recuerdo que me dijo, poco más o menos: "Querido Agustín, eres el mejor de al casa y te estoy muy agradecido por lo bien que me cuidas las escopetas." Yo, humilde, pero sincero, le respondí que aquello era mi obligación. El ex rey entonces frunció el ceño, endureció la voz y dijo: "¡Qué soberbio eres!" Tan pocas palabras fueron mi sentencia; a los pocos días se me sustituía con un maestro de la Escuela Superior de Guerra. No volví a percibir una sola peseta en concepto de nada.

—¿A qué circunstancias se debió su ingreso en la ex casa real?

—Mi padre perteneció a la real armería cuando reinaba en España Isabel II; a esta señora debí mi educación. Cuando era un chiquillo iba a la escuela de caballerizas; en ella aprendía a leer y a escribir. Mientras, el bueno de mi progenitor mantenía listas las escopetas con que más tarde había de cazar don Francisco de Asís. Se ensom-

MISERIA COMO PREMIO

breció de pronto el panorama político y la soberana se vió obligada a pasar la frontera. Con su destronamiento llegó la expulsión de los míos. Ellos tuvieron que refugiarse en su domicilio; yo me quedé sin escuela. Al lado de mi viejo, y con sus lecciones, me impuse. El llevaba mucho tiempo establecido, poseía una excelente clientela, y sus afanes no eran otros que los de ganar mucho dinero, para legarme, con su nombre honrado, la máxima independencia.

Nuestra conducta ha sido la verdadera línea recta. Consecuentes con el trabajo y los ideales, jamás claudicamos. Muerto mi padre, continué en el negocio. Luego entré al servicio de Palacio.

—¿Cuáles eran sus habitaciones allí?

—Unos sótanos que hay bajo la "garita del diablo", ese lugar de tan triste y terrible historia, en el que antaño aparecían los centinelas tiesos de frío. En cierta ocasión, la ex infanta doña Isabel, enterada donde me habían emplazado el taller, me dijo: "Pero, ¡por Dios, Agustín, si te han llevado a donde antes tenía yo mis perreras!"

—¿Qué obligaciones tenía usted?

—Componer los desperfectos que sufrían las armas con su uso, limpiarlas y repararlas. En los días de cacería entregaba, después de echar la llave, las arcas donde iban las escopetas, a los cargadores, y en un coche de mulas salía con dirección al sitio donde había de tener lugar aquella, para lo cual emprendía el camino unas horas antes que los cazadores. Cuando llegaba al coto, hacía la distribución de las armas y de los cartuchos a los secretarios de los que habían de tomar parte en la fiesta, y cuando se acababa el tiroteo del primer ojeo, servía municiones a quienes las necesitaban, o reparaba algún contratiempo. En la época de la veda disminuía un poco el trabajo; en esa temporada se me iban los horas echando una caja o arreglando un enganche.

—¿Ha progresado mucho la industria armera?

—No. Sin ir más lejos, ahí están esas escopetas de chispa de la armería real, que se cargan por la recámara con cartuchos de hierro, y que son un prodigio de construcción que honra a mis paisanos los arcabuceros madrileños, quienes dieron la pauta a seguir

en la producción de esta clase de armas.

—¿Le han hecho proposiciones ventajosas alguna casa de importancia?

—En varias ocasiones, y por manufacturas extranjeras famosas, se me animó a ello; pero desistí, porque ante todo y sobre todo yo no traicionaba a mi honradez, y como las marcas que inundan el mercado fabrican mucho bueno y bastante malo, me obliga a decir que el género era siempre superior, y esa garantía no la iba a dar por nada ni por nadie. Cuando mis amigos conocían esta decisión solían tildarme de tonto..., de que tiraba un porvenir.

—¿Le dió a ganar mucho la aristocracia?

—Ya sabe el prurito que existe en España de considerar como lo mejor del mundo lo que se trae de fuera. Pues bien: cuando le ocurría algo a una escopeta por defectos de fabricación, sin hacer caso de mis observaciones, la empaquetaban y al extranjero con ella. A los cuatro o seis meses la devolvían reparada, según ellos, y es cuando esperaba, confiado, a que el tiempo y la práctica me dieran la razón. Lo que no tardaba mucho en suceder.

—Y por sus servicios, ¿usted no tenía derecho a alguna pensión o retiro?

—En aquella casa se consumían hombres con la misma impasibilidad con que se ve desgastarse los engranajes de una máquina, ¡con reponerlos, en paz! Mientras se rendía un esfuerzo, el puñado de pesetas que no llegaba a lo más necesario para mal vivir. Luego, el horizonte pavoroso de la miseria cuando llegaba el agotamiento. Con mis ochenta años, ¿qué puedo esperar ya? El último trance es una liberación suave...

* *

Excmo. Sr. Presidente de la República: Usted, que ante todo y sobre todo es un hombre eminentemente bueno, puede, a poco que se lo proponga, endulzar los últimos años de tan laborioso anciano.

Antonio V. DE LA VILLA

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE", Plaza de Cataluña, 9, 2.º, 2.ª, Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE", PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

POLITICOS DE GUADALFRANCO

PIENSO que el lector o lectora se han de hacer de visiones y conjeturas rencas y cabalísticas al leer lo que precede, si es que no conocen «La caída de los limones» de Ramón Pérez de Ayala. Por si ello fuera así, diré sencillamente que Guadalfranco es una provincia importantísima de España, que se encuentra a un paso de Madrid, y que fué creada por Sagasta para colocar a miles de paniaguados que le acosaban día y noche y que constituían su constante pesadilla. El político malabar hizo una de las suyas e ingenió esta monda y lironda treta para amamantara una partida de enclenques y abúlicos gazzápiros a las fecundas y siempre limpias ubres del presupuesto del Estado. El nuevo régimen debía recordar este hecho y renovar la historia, que tal es nuestra idiosincrasia que no cambiamos ni a tres tirones y aunque se haya renovado de pies a cabeza media humanidad y parte de la otra media. Guadalfranco es la provincia de los «enchufistas», de los «frigios», de los «Arias y Bermudo», de los «caciques» endemoniados de todo tiempo, de los «izquierdistas», de los «derechistas», de todos aquellos, en resumen de cuentas, que se desentienden de la verdadera realidad política española y nos merman, con su inmoralidad y trotes de potros desbocados el crédito y buen nombre entre los países más o menos simpatizantes con nuestro nuevo estado de cosas. Guadalfranco viene a nuestro tiempo como llovido del cielo. Es el maná israelita. Los sucesos alarmantes de cada día deben ser refrenados a palo limpio. En mi casa mando yo. En la República española no debe permitirse que mande nadie fuera de los poderes legítimamente constituidos. Lo contrario es cobarde claudicación. Que la izquierda atropella, palo limpio. Que la derecha se alborota y es causa de trastornos sociales, jabón de palo.

Que los «frigios» vuelven a las andadas, se les da «composte», y listo. Que los «enchufistas» se quieren salir con la suya, San Benito de Palermo. Que el «cacicato», sea en la forma que sea, quiere levantar la cabeza, duro y a ella. Que los «Arias y los Bermudo» cometen crímenes más crueles que los de la novela, con aplicar la Ley de defensa de la República estamos al cabo de la calle. Mientras nuestro proceder sea noble y justiciero nadie podrá tacharnos de inhumanos. Con palabras, más o menos bien dichas, es fácil engañar al Can Cerbero, pero no a un pueblo que quiere, por encima de todo, que haya verdad y justicia, pues para eso fué a las urnas y votó la República. Fíjese bien el lector o lectora—también las señoras tienen vela en este entierro—que decimos la República y no éste o aquél partido político con su correspondiente «ismo», fatídico como espectro de leyenda nórdica. El voto nacional fué republicano ante todo y sobre todo, y el deber de todo ciudadano español, sea del matiz

que sea, es respetar esa voluntad limpiamente popular, encarnada, hoy por hoy, en el poder legítimamente constituido. Todo lo demás ha tenido o tendrá su hora, pero no es ésta. Políticos de Guadalfranco debieran llamarse quienes piensan lo contrario y procederse debiera en consecuencia contra los que así se burlan—sarcasmo sangriento—de los conceptos puros y santos de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Si estas palabras no quieren ser tres solemnes mentiras, como escribió el inmortal Zorrilla, debe figurar nuevamente entre las provincias de España, como centro benéfico para tanto inmoral y alocado como pulula por doquier, que todavía se empeña, como nuevo Quijote, en romper lanzas contra molinos de viento, en vez de aportar su poderoso esfuerzo para ayudar a levantarse de su prostración política y económica a la maltrecha y desangrada madre que llora el extravío del atrabiliario hijo, debe figurar, volvemos a decir, entre las provincias de España, esa provincia sagas-

tina llamada Guadalfranco. Es una verdadera necesidad social.

El acento jereñico no es de nuestro gusto; es un arcaísmo sentimental. La verdad, sin embargo, nos obliga a escribir doloridos, pues la realidad es bastante cruda. Guadalfranco es un símbolo que encaja perfectamente en el ambiente actual. Bastaría señalar con el dedo a todo ciudadano que hablara mal de la República, diciendo al mismo tiempo: ¡Guay, ése es de Guadalfranco! Republicano a secas vale más que todos los «ismos» habidos y por haber en estos momentos de verdadera angustia nacional. Los matices políticos son algo así como los «accidentes» a la «substancia», la metamorfosean, pero no mudan su esencia. Y ocurre preguntar: Pero, ¿y si no tenemos la «substancia» para qué queremos los «accidentes»? Si no tenemos República, sino «ismos» a porrillo es cuestión de desenmascarnos para que el pueblo que heroicamente se sacrificó por traerla nos escupa a la cara. El pueblo debe suprimir la provincia de Guadalfranco si es que el Gobierno no quiere o no puede hacerlo. Políticos de Guadalfranco no deben existir dentro de casa. Son nuestros enemigos y no hay peor enemigo que el doméstico. España tiene cuarenta y nueve provincias, y nada más. Esa otra que creó Sagasta, la quincuagésima, es una provincia que vive a costa de las otras. Guadalfranco jamás los toerará el pueblo, el verdadero pueblo español republicano, los escupirá la cara. El pueblo justamente indignado gritará a puñón lleno: Políticos de Guadalfranco no os necesitamos; sois peores que el comején; largo de la España real que vive su momento político republicano; no os queremos porque sois irreales, porque sois una fantasía sagastina y nada fantástico tiene derecho a vivir fuera del marco de una novela.

J. ZAMORA



SERVICIO ESPECIAL DE RECOGIDA DE BOMBAS
QUE SE IMPLANTARA EN BREVE

REPORTAJES DE "LA CALLE"

GENTE DE LAS RAMBLAS

BARCELONA tiene actualmente unos ciento cincuenta limpiabotas ambulantes.

Trabajan a lo largo de las Ramblas diez, doce horas, para hacer un jornal de cuatro a seis pesetas.

Otros, acampan en las vías afluentes del Distrito V, donde se vive la vida alegre de cabarets, music-halls, etc.

El ciudadano que en Barcelona dispone de un duro para gastarlo, irá irremisiblemente al Distrito V.

La mayoría de los limpiabotas acampados en Barcelona proceden de Aragón, Madrid y Andalucía.

Han llegado a la ciudad Condal con un billete de tope.

Después, con cuatro madeiras se han construido la caja de trabajo. Luego, en la tienda, con la recomendación de un amigo, se les fiaron otros utensilios: los cepillos y el betún, y a trabajar.

La profesión se nutre de los tipos más diversos, entre ellos los fracasados, aquellos que no quieren sujetarse al régimen de las ocho horas y cuatro paredes, y los otros, que son limpiabotas hoy, lo mismo que mañana pudieran ser guardias o bomberos.

Es gente inconsciente; ha muerto para ellos toda aspiración. Se limitan exclusivamente a vegetar, a virir el hoy, porque para ellos el mañana no existe, ni les importa.

A estos muchachos se les persigue quizás con rigor excesivo por parte de la Policía.

Cuando se les atrapa, son desposeídos de los útiles de trabajo y entonces para ellos comienza el problema pavoroso del yantar cotidiano y en alguno nace quizás entonces el deseo de robar.

Conceptuar a todos por lo mismo es algo monstruoso, no todos son golfos, ladrones ni vagos.

Muchachos hay en el gremio de limpiabotas que proceden de buenas familias; algunos con el Bachillerato terminado. Otros son toreros; algunos fueron también estudiantes de Medicina; los hay señoritos de pueblo, y también algún que otro truhán.

Los limpiabotas de "cuota", o sea los más afortunados,

De Madrid a Barcelona debajo del asiento de un coche de tercera. - Enrique Pujol Armenteras, el limpiabotas que conoce tres idiomas, dice que parece que ya se va cansando de la vida aventurera

aquellos que trabajan fijos en cafés, bares, con un sueldo seguro y la comida, y otros que dependen de salones, tuvieron declarada no hace mucho una guerra sin cuartel a los callejeros, que les hizo casi imposible la vida de tantas y tantas veces como iban conducidos al cuartelillo.

El egoísmo de aquéllos no toleraba la competencia, por

el egoísmo brutal de sus estómagos.

Hoy parece ser que las cosas han variado. Los de la derecha acogen, al parecer, con más consideración a sus compañeros independientes.

Para completar este reportaje me he sentado en un bar de la calle Conde del Asalto, rúa de chulos, truhanes y "vedettes" y he re-

querido los servicios de dos limpiabotas ambulantes.

Cuando empezaban a lustrar mis zapatos ha surgido entre ellos un diálogo político pintoresco. Después, uno me ha contado la vida de una estrella de music-hall. Los diestros que tomaron parte en la última corrida que se celebró en las Arenas, y, cerrando, me han hablado de música, de cinema y de canto flamenco.

Una nota de color para el forastero.

—¿Os lleváis bien en Barcelona todos los del gremio?

Estos muchachos, que han cesado de trabajar con los cepillos, responden casi al unísono:

—Como hermanos. Cuando alguno no ha "sacado" "pa" ni "piri"... pues los demás a "escote".

—¿Vuestras aspiraciones?

—¡Que nos dejen trabajar tranquilamente! Y que no se nos tome a todos por ladrones. Ya ve usted, nosotros sólo deseamos reunir unas pesetas para comprar el traje de luces y entonces... éste y yo lanzarnos de una vez.

Calla unos momentos y el más joven agrega:

—Yo sigo la escuela de Joselito, y éste—por su compañero—la de Belmonte. Nos ejercitamos todas las mañanas en Montjuich.

—¿A qué os dedicabais antes?

—Mi compañero Rafael tiene cinco años de música. Tocaba antes en un cinematógrafo de Madrid. Yo... he sido de todo. Hablo tres idiomas.

—¿Y cómo no gestiona usted un empleo más adecuado?

El interpelado me ataja, rápidamente:

—Ya estuve, en un hotel, de intérprete. No me gusta la sujeción.

—¿El nombre de usted?

—Enrique Pujol Armenteras. Hace cuatro años que vivo en Barcelona. También he hecho cuplés, versos que me han publicado en el suplemento femenino de "Las Noticias".

Su compañero interviene:

—Viajé desde Madrid de-



En las Ramblas de Barcelona estos limpiabotas esperan al futuro cliente. Muchas horas de espera para lograr un jornal exiguo

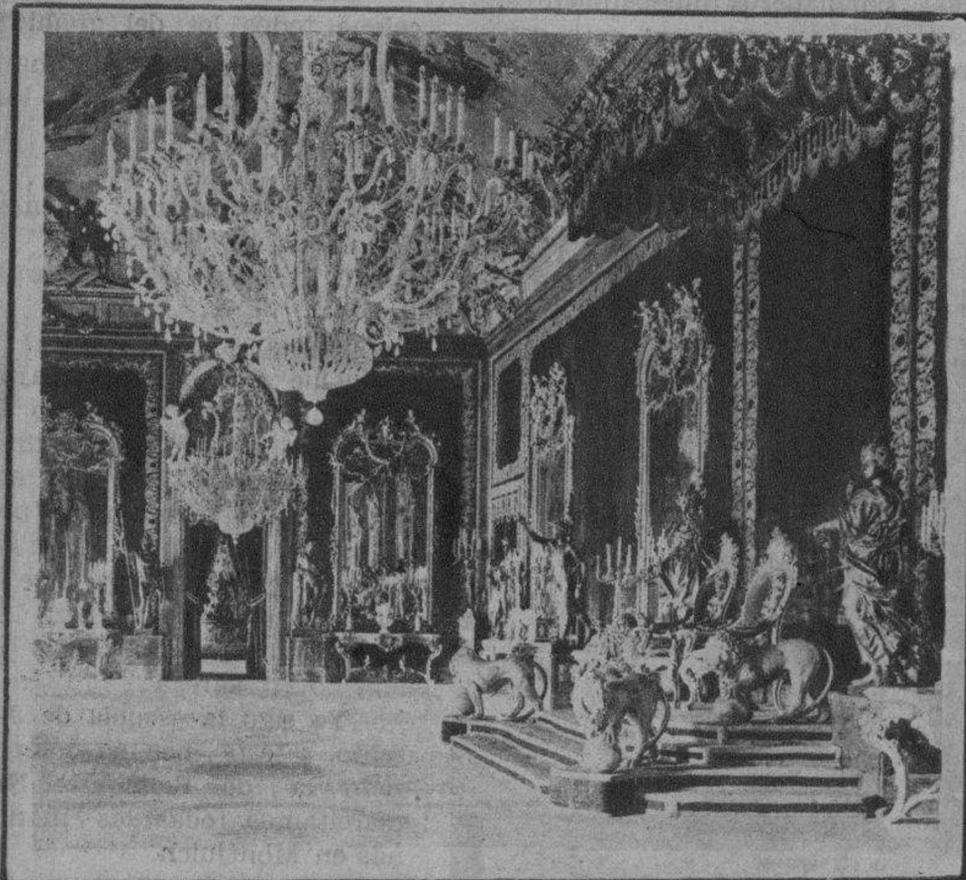
Palacios y Cabañas

ENTRE los múltiples defectos punzantes y onerosos que amargan la desdiable existencia de los hombres, lo más absurdo e inicuo de las leyes y costumbres de la multitud terrena desdichada y perversa, es ese eterno contraste, irritante "cara y cruz" que formó siempre en la vida de los pueblos la fabulosa prodigalidad de la arrogante realeza y la conmovedora penuria de la humilde plebe indigente.

Distintos territorios conservan todavía, unos como re-



El Louvre, en París, antigua real mansión, suntuosa y extensa, como toda una urbe



Un detalle del ostentoso alarde de riquezas palatinas

cuerto y otros como realidad funesta, la ostentosa magnificencia de los palacios que albergan, hoy, o fueron un día la vasta morada espléndida de pretendidos soberanos.

Roma, París y Versalles ofrecen, entre otras urbes, a la admirada contemplación de la sencilla muchedumbre, todo el esplendor fastuoso de los riquísimos aposentos inmensos que ocuparon el Sumo Pontífice y los reyes de épocas ya lejanas.

El derroche de riqueza para el placer y la pasmosa exhibición de las afortunadas "majestades" no tuvo límites. Mansiones extensas como ciudades, ceremonias frecuentes

de lujo deslumbrante, orgías del amor y de la gula con altivez de poder absoluto y crudo escarnio a la lamentable pobreza fatal de los desheredados.

La tierra no parecía suave a tales déspotas ociosos y libertinos. El paso por sus dominios se efectuaba, pues, en sillas de posta o en sendas carrozas con séquito de pajes, postillones y palafreneros, comitiva interminable de siervos encargados de abrir paso al "divino personaje" apartando a la atónita población hambrienta como despreciable basura infecta del camino... Por eso, aun no siendo a veces crueles, se hicieron

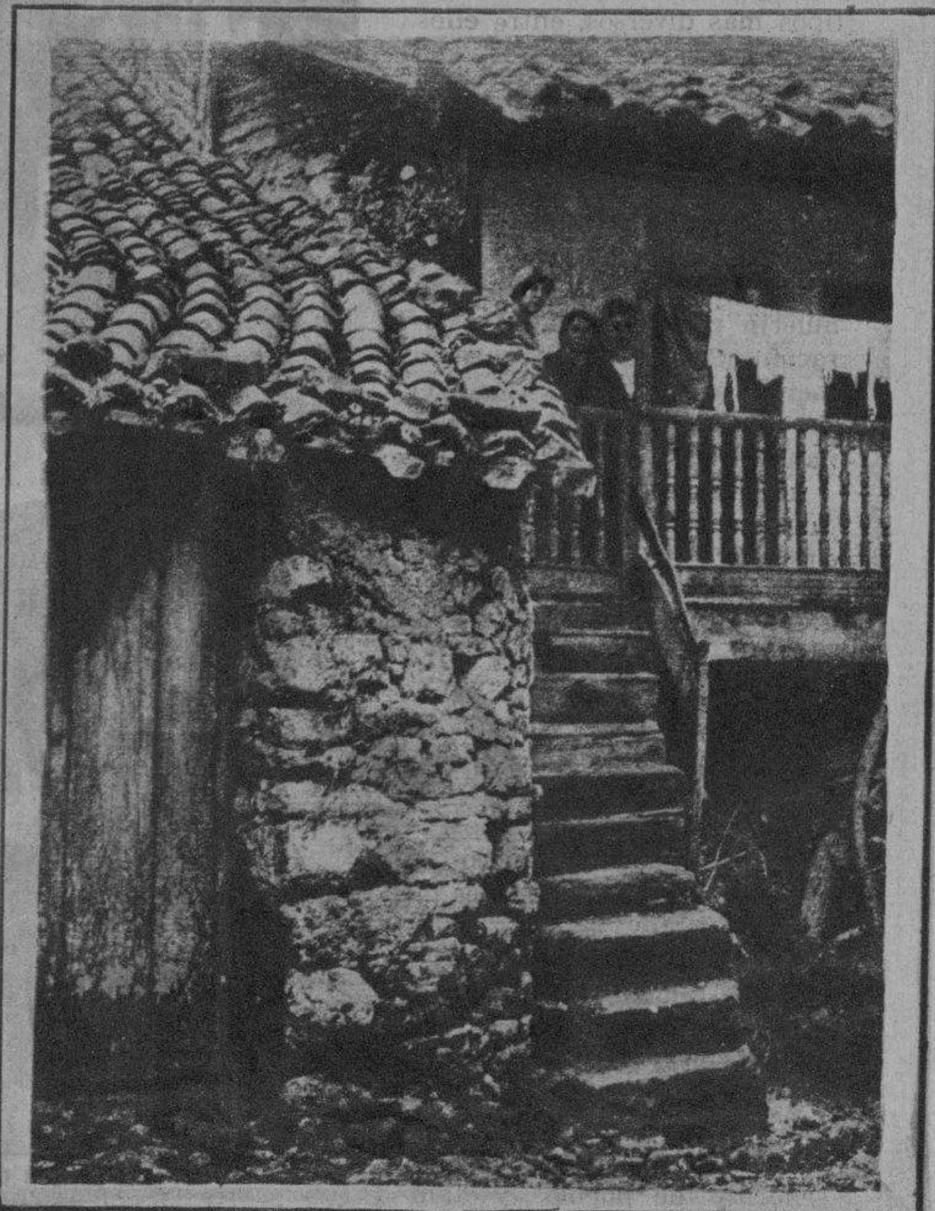
siempre aborrecibles los monarcas.

El moderno régimen republicano de los pueblos vino a desterrar los tiránicos privilegios exclusivos y la extremada pompa inútil de tan "augustos" gobernantes.

La humana tendencia a la democrática igualdad nació

sin duda de esa terrible desproporción exasperante que existe entre los descomunales palacios de los soberbios emperadores y las miserables cabañas de los infortunados menesterosos.

XAVIER DE ZENGOTITA



La misera covacha de los desheredados

LA LABOR DE LAS CORTES

EL PROBLEMA DEL DIVORCIO

ES realmente lenta, muy lenta, y poco positiva, la labor que vienen realizando las Cortes Constituyentes. Con la marcha que llevan, si no viene una crisis ministerial y se disuelve el Parlamento, a últimos del año que corre todavía se estarán discutiendo las leyes complementarias de la Constitución. Y a esto, no hay derecho.

Bien está, y muy en su punto, y muy acertado, que no se lleven las cosas con precipitación. Sobre todo, tratándose de asuntos delicados que han de ser objeto de un estudio concienzudo y deben pesarse y medirse escrupulosamente. Pero de que se hagan las cosas bien y atando todos los cabos, a que se demoren, se aplacen y se entretengan, para dejar que se explanen interpelaciones absurdas con el sólo fin de que unos cuantos señores diputados pasen el rato sin finalidad ninguna efectiva o que se promuevan debates sin trascendencia ni eficacia alguna, hay una distancia enorme.

La misión principal de las actuales Cortes, es aprobar

bajo del asiento de un tren correo.

—Otras veces ha sido más peligroso, pues lo hice entre las ruedas de un vagón. En los techos no conviene, por los puentes. ¿No pondrá usted mi nombre en su periódico? Mi padre no sabe que estoy aquí. Es consejero de una Compañía de Seguros en Madrid.

Después se ha encogido de hombros.

—Es tan monárquico, que no leerá LA CALLE, y, además, si se entera, mejor. Parece que ya me voy cansando de esta vida aventurera...

—Cerremos el reportaje sin romper el encanto de esta última frase.

Luis Sáinz de Morales

con la mayor rapidez posible, para que nadie se llame a engaño, las citadas leyes complementarias de la Constitución. Leyes que han de estructurar y armonizar la nueva vida social de España, y que por ello, se hace más conveniente la inmediata aprobación de las mismas.

Entre estas leyes, cuya implantación están demorando, con su censurable actuación, bastantes de los diputados que han sido elegidos para que realicen una labor práctica y eficaz, y hacen todo lo contrario, está la relativa al divorcio.

Y del mal el menos, si después de tanta pasividad y tanta calma en su discusión, resultara dicha ley, todo lo ponderada, todo lo concreta y todo lo atinada que merece ser. Más, por los detalles que tenemos de la correspondiente Comisión, hay que temer que no responderá aquella, a lo que cabría esperar de ella.

Se han presentado, al proyecto que se discute, adiciones muy razonables y convenientes. Una de ellas, es la que incluye entre las causas que motiven el divorcio, "la esterilidad cuando hayan transcurrido al menos cinco años, a contar desde la celebración del matrimonio"; y otra el acortar los plazos para pedir el divorcio por mutuo disenso y remitiéndolo a seis meses y a una sola instancia.

En efecto, ir a la promulgación de esta ley, luego de aprobarla en condiciones que la hagan ineficaz y poco en consonancia con el fin que se persigue, no tiene importancia ninguna. Lo interesante, lo lógico, lo justo, lo moral, es que, el que se vea forzado a acogerse a ella, tenga todas las garantías y seguridades de su eficacia.

Más concretamente: que la ley del divorcio que está aprobando y va a implantar la República, debe ser, ha de ser, accesible a todos. O sea que el pleito que se plantee tenga una tramitación rápida, y que las costas y gastos del mismo, no hagan imposible su sustanciación a los que pertenecen a las clases modestas de la sociedad.

Ahora es la ocasión propicia para que se hagan bien las cosas, y precisamente por estar en los comienzos de la discusión del proyecto de que se trata, llamamos la atención de los señores diputados que toman parte en ella, con objeto de que se fijen en todos los puntos y extremos de aquél, y así no tendrán nunca que arrepentirse de haber contribuido a la aprobación de una ley que no contente a nadie, ni satisfaga las aspiraciones y conveniencias de los que fatalmente vayan a refugiarse en sus preceptos para rectificar una equivocación sufrida al contraer matrimonio con quien no puede compren-

derle ni identificarse con él, o ella, y rehacer su vida, sin caer en inmoralidades, ni en críticas y censuras.

En los comentarios que cada día publica la Prensa, acerca del problema del divorcio, se leen teorías muy peregrinas, sustentadas por escritores y publicistas, que después de discutir toda la vida del concepto de la moral, en este asunto, lo tienen muy pobre, y muy amoral. Porque considerar que hay que esperar a que la costumbre imponga el divorcio, sin que se dicte la ley, y que, entre tanto, siga todo como hasta ahora, es lo más absurdo y arbitrario que hemos leído, e impropio, además, de un espíritu que se titula liberal.

A juzgar por tal teoría, deberíamos seguir la norma de no estimular el progreso, ni acuciar ningún avance en la vida social, para dejar las cosas tal como las hemos encontrado. Es la frase de las personas ignorantes y rutinarias, que no conciben que en el mundo se pueda progresar: "Así lo hemos encontrado, y así lo hemos de dejar".

Eso, de ninguna manera. La marcha de la Humanidad, no se detiene, no puede detenerse. La vida es lucha, es estímulo, es progreso. Y consecuentemente todo lo anticuado, todo lo que huele a egoísmo, todo lo que ponga en peligro la moral, debe modificarse, debe transformarse.

Con el divorcio la familia no corre el menor peligro. La familia ha de subsistir forzosamente. Pero la familia que es armonía, que es colección que es solidaridad no se puede fundar ni sostener, cuando en vez de ello, hay hostilidad y discrepancias fundamentales entre los conyuges.

Juan del EBRO

CONCURSO
25.000 P SETAS
DE PREMIOS

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	GA

En estas casillas se encuentra, combinado por sílabas, el nombre de tres grandes ciudades españolas.

Si usted puede encontrar el nombre de las tres ciudades, envíe la solución de este concurso adjuntando un sobre con su nombre y dirección a fin de poder contestarle el resultado.

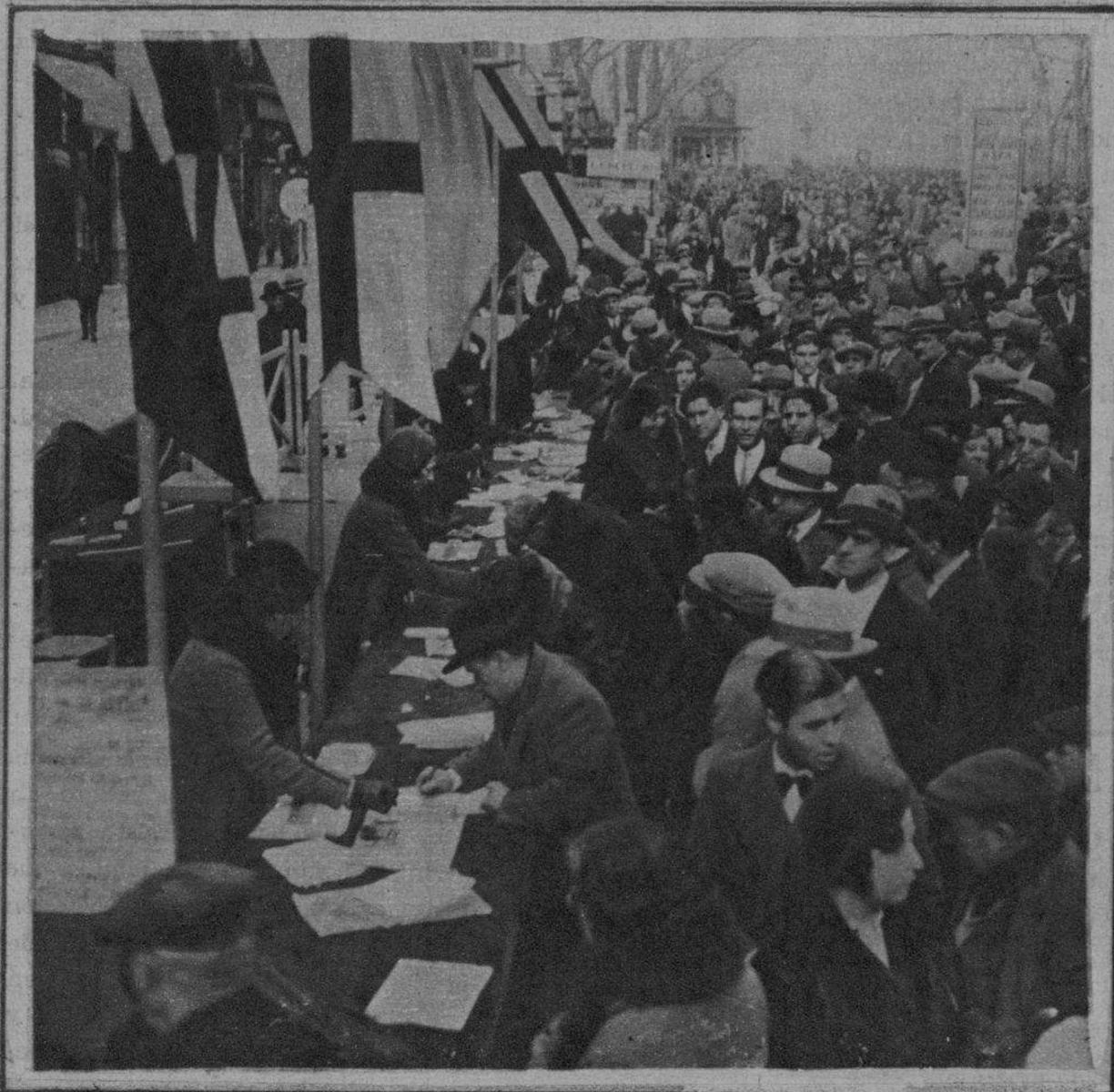
Conformándose a las condiciones de la carta que le mandaremos, usted podrá, eventualmente, obtener un premio completamente gratis.

Escribid: PALMA, 99, Boulevard Auguste Blanqui, PARIS (130) — (FRANCIA). Ref. N.º 9.

Notas gráficas de Barcelona



«Dos compañeros inseparables: comunismo y miseria». Cartel de propaganda anticomunista, que ha sido colocado profusamente por las calles de Barcelona (Fot. Badosa)



Una de las mesas que el pasado domingo se establecieron en diferentes lugares de Barcelona, para recoger firmas pro desarme universal.—(Fot. Merletti)



El Vice-Almirante de la Armada, don Antonio de Eulate y Fery, que ha fallecido en nuestra ciudad.—(Fot. Pérez de Rozas)